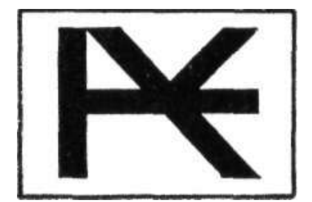
Louis-Ferdinand Céline:
Semmelweis

Prólogo de Juan García Hortelano

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *Semmelweis*
Traductor: Juan García Hortelano

Depósito legal: M. 17.611-1968
Cubierta: Daniel Gil
Impreso en España por Ediciones Castilla, S. A.
c./Maestro Alonso, 21, Madrid

Señaló a la primera los medios profilácticos que deben adoptarse contra la infección puerperal, con una precisión tal que la moderna antisepsia nada tuvo que añadir a las reglas que él había prescrito.

Esta es la terrible historia de Felipe-Ignacio Semmelweis.

Puede parecer un poco árida y a primera vista repeler, a causa de los detalles y de las cifras, de las minuciosas explicaciones. Pero el lector intrépido será rápidamente recompensado. Vale la pena y el esfuerzo. Habría podido renovarla desde su comienzo, maquillarla, hacerla más ágil. Era fácil y no he querido. La doy, por tanto, en lo que vale. (Tesis de Medicina. París, 1924.)

La forma carece de importancia, lo

que cuenta es el fondo. Y éste, supongo, es todo lo rico que se quiera. Demuestra el peligro que existe en pretender demasiada felicidad para los hombres. Es una vieja lección, siempre actual.

Suponed que, de la misma manera, surge hoy día otro inocente que se dedica a curar el cáncer. ¡Ni siquiera puede imaginarse a qué son tendría que bailar de inmediato! ¡Resultaría verdaderamente fenomenal! ¡Ah, que se arme de prudencia! ¡Ah!, más le valdrá ser precavido. ¡Que mantenga perramente sus precauciones! ¡Más botín ganaría alistándose al instante en cualquier Legión extranjera! Nada se da gratis en este bajo mundo. Todo se expía; el bien, como el mal, tarde o temprano se paga. El bien, forzosamente, resulta mucho más caro.

Mirabeau gritaba tan fuerte que Versalles tuvo miedo. Desde la Caída del imperio romano, jamás tempestad semejante se había abatido sobre los hombres; en pavorosas olas se elevaban hasta el cielo las pasiones. La energía y el entusiasmo de veinte pueblos surgían de Europa, destripándola. Por todas partes, sólo remolinos de seres y de cosas. Aquí, borrascas de intereses, de vergüenzas y de orgullo; conflictos oscuros, impenetrables, allí; más lejos, sublimes heroísmos. Confun-

didas todas las posibilidades humanas, desencadenadas, enfurecidas, ávidas de imposible, se propagaban por los caminos y las simas del mundo. La muerte aullaba en la sangrienta espuma de sus disparatadas legiones; desde el Nilo a Estocolmo, de la Vendée hasta Rusia, cien ejércitos al unísono invocaron cien razones para su salvajismo. Las fronteras asoladas y fundidas en el inmenso reino del Frenesí, los hombres ansiando progreso y el progreso devorando hombres; así fueron estas bodas tremendas. La humanidad se aburría; quemó a algunos Dioses, se cambió de traje y pagó su tributo a la Historia con algunas glorias nuevas.

Cuando tras la tempestad llegó la calma, sepultadas por varios siglos aún las grandes esperanzas, cada una de esas furias, que había partido hacia la Bastilla «súbdita», volvió «ciudadana» y retornó a sus mezquindades, a espiar al vecino, a dar de beber a su caballo, a fermentar sus vicios y sus virtudes en el tonel de piel pálida que Dios misericordioso nos ha dado.

En el 93 dilapidaron un Rey.

Limpiamente, fue sacrificado en la plaza de Gréve. De su garganta degollada brotó una sensación nueva: la Igualdad.

Todo el mundo odió y se produjo un delirio. El Homicidio es una labor cotidiana de los pueblos, pero, al menos en Francia, el Regicidio podía considerarse inédito. Se lo permitieron. Nadie quería confesárselo, pero la Bestia estaba entre nosotros, en los estrados de los tribunales, en las colgaduras de la guillotina, con las fauces abiertas. Fue necesario darle ocupación.

La Bestia quiso saber cuántos nobles vale un rey. Se descubrió que la Bestia tenía talento.

Y en la degollina se experimentó una puja formidable. Al comienzo, se mató en nombre de la Razón, por principios todavía no definidos. Los mejores gastaron considerable talento para asociar el asesinato a la justicia. No se consiguió mucho. No suele conseguirse. Pero, en el fondo, ¿qué importaba? La

muchedumbre quería destruir y eso era suficiente. Igual que el enamorado comienza por acariciar el cuerpo que desea y proyecta demorarse largo tiempo en su propósito y después, a pesar de sí mismo, se apresura y..., así quería ahogar Europa en una horrible orgía los siglos que la habían educado. Lo pretendía aún mucho más de prisa de lo que imaginaba.

Conviene menos irritar a las muchedumbres ardientes que a los leones hambrientos. Por lo que, en adelante, se dispensaron de buscarle excusas a la guillotina. Maquinalmente, toda una secta fue señalada, muerta, trinchada, como carne; y, encima, su alma.

La flor de una época fue hecha picadillo. Esto proporcionó placer por un instante. Hubiesen podido quedarse allí, pero cien pasiones, que bostezaban de tedio ante la lentitud de tal minucia, una tarde de hastío derribaron el patíbulo.

De golpe, veinte castas se precipitaron en una espantosa pesadilla, veinte pueblos unidos, revueltos, hostiles, ne-

gros y blancos, rubios o morenos, se lanzaron a la conquista de un Ideal.

Atropelladamente, golpeados, sostenidos por arengas, conducidos por el hambre, poseídos por la muerte, invadieron, saquearon, cada día conquistaron un reino inútil que otros habrían de perder a la mañana siguiente. Se les vio pasar bajo todos los puentes del mundo, una vez y otra, en una ronda ridicula y brillante, anegándolo todo aquí, vencidos allí, engañados en todas partes, peloteados incesantemente de lo Desconocido a la Nada, tan satisfechos de morir como de vivir.

En el transcurso de estos años monstruosos por los que fluye la sangre, durante los que la vida chorrea y se disuelve en mil pechos a la vez, durante los que la guerra siega los ríñones y los tritura como racimos en la prensa, hace falta un macho.

A los primeros relámpagos de esta inmensa tormenta, Napoleón conquistó Europa y, por las buenas o por las malas, la conservó quince años.

Mientras su genio duró, pareció or-

ganizarse la ira de los pueblos, la misma tempestad recibió órdenes.

Lentamente, se volvió a creer en los buenos tiempos, en la paz.

Después, fue deseada, amada, se acabó por adorarla igual que, quince años antes, se había adorado la muerte. Con premura, se pusieron a llorar el desamparo de las tórtolas con lágrimas tan auténticas, tan sinceras, como las injurias con las que, la víspera, acribillaban la carreta de los condenados. Sólo quisieron saber de ternezas y dulzuras. Proclamaron sagrados a los enternecidos esposos y a las madres previsoras, con tanta ampulosidad como habían necesitado para decapitar a la Reina. El mundo quería olvidar. Olvidó. Y Napoleón, que se empeñaba en vivir, fue encerrado, junto con su cáncer, en una isla.

Los poetas reorganizaron sus conturbadas cohortes, cien melindres fueron declamados en un día de primavera para voluptuosidad de las almas sensibles. Crearon con la misma exageración con que se había destruido. Un

hálito de ternura acarició las innumerables tumbas. La esquila no abandonó ya el cuello de las ovejitas. A la orilla de todos los arroyuelos se susurraron versos. Bastaba con una margarita deshojada para que una doncella verdaderamente sentimental se derritiese en sollozos. Y no mucho más que eso, para que un hombre de bien se enamorase por toda la vida.

Hacia esta época de convalecencia, en una de las más animadas ciudades de la tierra, nació Ignacio Felipe Semmelweis, cuarto hijo de un tendero de comestibles, en Budapest sobre el Danubio, ante la portada de la iglesia de San Esteban, en el corazón del verano, exactamente el 18 de julio de 1818.

¿Ante la portada de la iglesia de San Esteban?… Busquemos esa casa..., cerca del Danubio. Hoy día ya no existe. Nada… Busquemos aún. Por el mundo… En el tiempo. Algo que nos conduzca hacia la verdad. ¡Busquemos! Allí quizá, en la ronda frenética que se aleja. 1818... 1817... 1816... 1812... Remontemos el curso del Tiempo... Ahora, el Espacio… Budapest… Presburgo[1]… Viena... 1812... 1807... 1806...

[1] Pozzony es su nombre magiar y Bratislava el checo. *(N. del T.)*

1805: «El 2 de diciembre, a las cuatro de la madrugada, comenzó la acción en medio de una niebla que no tardó mucho en disiparse...» AUSTERLITZ... No es esto todavía lo que queremos; buscamos a uno de los nuestros, a un hombre de nuestra sangre, de nuestra raza, más parecido a Semmelweis: ¡ Corvisart! Corvisart...

No se encuentra en la llanura durante esta grave madrugada de fuego... ¿Dónde está? Médico del Emperador, ¡éste es su sitio!

¿Por qué se ha quedado en Viena, en el hospital general, donde, sin embargo, ninguna orden le retiene?

¡Enorme edificio este hospital! ¡Siniestro! Más tarde regresaremos a él, detenidamente, con Semmelweis, cuando haya sonado su hora. Por el momento, aún no es visible su destino y en el lugar mismo donde su gloria debe resplandecer él no está.

¡Miseria de nuestros sentidos!

En estas salas, mezclados con los paisanos, hay por todas partes sóida-

dos tumbados, heridos, moribundos, pertenecientes a todos los ejércitos, que entregan su alma como pueden.

Y Corvisart, ¿qué hace en este instante?

¿Es un médico célebre, subordinado al genio de su amo y, por él, glorificado? ¿Será por disentimiento por lo que se aparta esa mañana? ¿Por celos...?

No es concebible. A la Medicina, después de todo, sólo puede corresponderle un pequeño esplendor. Lo sabe bien, él que posee todo el favor científico de su época, él que ha sido condecorado por su enfermo tantas veces como se pueda imaginar y que, para su orgullo, posee la más alta distinción profesoral: una cátedra en el Colegio de Francia. Y, además, lo que es aún mejor en estos tiempos de guerra: el Servicio de Sanidad del mayor Ejército del mundo. ¿No se encuentra, por todo ello, tan envidiado, tan feliz, tan enriquecido como un mariscal?

¿Es que tenía, sin embargo, algún otro deseo que el de servir este ambi-

cioso, incorporado por pura brillantez a las zarabandas guerreras?

¿Le quedaba todavía un pensamiento personal, tendente al progreso de su arte? Es un hecho.

Durante Austerlitz, en la más decisiva hora de su tiempo, se abstrae de sus funciones, cansado sin duda de brillar, para traducir, con grandes esfuerzos por otra parte, un libro esencial: *La Auscultación,* de Auenbrugger.

¡Vieja novedad! ¡Con cincuenta viejos años de silencio!

Corvisart la resucita, le presta su voz y ello se convierte en un acto muy puro y muy bello de su carrera. ¿Podía haber empleado en algo mejor la formidable autoridad que le daba su maravilloso empleo de médico de Epopeya?

¡Honor a Corvisart! ¡Quizá un poco de honor también para Napoleón!

Así, a causa de él, hemos ascendido, en la armonía consoladora que buscábamos, a esa forma tan extraña de la fuerza: aquella que se apiada de los

hombres. Volvamos a Budapest, a donde nos conduce nuestro libro.

El alma de un hombre va a florecer allí en una piedad tan grande, en una floración tan magnífica, que, gracias a ella, la suerte de la humanidad será dulcificada para siempre.

Esperemos que aparezcan los días deseados dentro del ámbito del Pasado.

Por lo pronto, la aurora...

Verdaderamente, en torno a la infancia de un ser excepcional se produce siempre la misma enfermedad, la misma obstinación estúpida en una rutina ciega y sorda...

Nadie se da cuenta..., nadie les ayuda...; entonces, ¿es que el alma de la gente está tan alejada de la vida cotidiana?

En Budapest, es el cuarto hijo, Feli-

pe, quien está predestinado... Pero tampoco su madre presiente más que los otros. Era, según cuentan, una mujer laboriosa, casada temprano, temprano en pie, bonita también, infatigable, a la que una enfermedad brutal tumbó para siempre en el invierno de 1846.

Antes de esta gran desgracia, se cantaba mucho en esa casa, se gritaba también. ¡Ocho niños!

La tienda de comestibles marchaba bien, los pequeños Semmelweis estuvieron bien alimentados; Felipe un día tuvo cuatro años, después diez. A todo el mundo y en todas partes parecía feliz; salvo en la escuela. No le gustaba nada la escuela y esta aversión desesperaba a su padre. Felipe amaba la calle. Más aun que nosotros, los niños tienen una vida superficial y una vida profunda. Su vida superficial es muy sencilla, se resuelve en algunas obligaciones, pero la vida profunda de cualquier niño es la difícil armonía de un mundo que está creándose. Debe introducir en este mundo, día tras día, todas las tristezas y todas las bellezas de

la tierra. En esto consiste el inmenso trabajo de la vida interior.

¿Qué pueden los maestros y su sabiduría en esta gestación espiritual, en este segundo nacimiento en el cual todo es misterio? Casi nada.

El ser que está alcanzando la conciencia tiene como principal maestro al Azar.

El Azar es la calle. La calle, diversa y múltiple hasta el infinito en verdades, más simple que los libros.

¿Qué es la Calle para nosotros?

¿Qué es lo que se hace en la calle con mayor frecuencia? Soñar.

Se sueñan cosas más o menos precisas, uno se deja llevar por sus ambiciones, por sus rencores, por su pasado. En nuestra época es uno de los lugares más propicios a la meditación; es nuestro moderno santuario, la Calle.

En Hungría, país melodioso, país teatral, poblado por una raza más expansiva que la nuestra, surge la música al aire libre, sin esfuerzo.

Ferviente de las canciones y no de la escuela era nuestro pequeño Semmelweis. La tentación resultaba grande y variada. En aquel tiempo, sobre todo a la hora de la comida, había casi tantos cantores populares en Buda como soportales en sus calles.

¿Por qué no detenerse allí un momento?

Entre los charcos de la última lluvia, el cantor, abigarradamente vestido, se detiene, se rasca impúdicamente, ve pasar a las gentes... a través de su miseria... Tiene un pequeño reconcomio contra todos esos que se apresuran hacia su almuerzo... El, que todavía no tiene el suyo ni en la tripa, ni en el bolsillo. De un talego que parece meado saca una guitarra de cuerdas fatigadas... El chisme gime entre sus sucios dedos...

Mira hacia lo alto, al viento...

Con su voz rancia emite algunas notas dispersas; junto a nosotros, algunos esperan... y, en aquel tiempo, el pequeño Felipe. Se forma un corro, que va agrandándose hasta rozar el bordi-

llo de la acera, desviando los carruajes que circulan por la calzada. Es un círculo encantado. ¡Eso es! Vamos allí. El mísero rascatripas quiere escapar de la vida... ¿con qué? Con esto... Habrá que verlo... Sigámosle... Un paseo por la Ilusión.

Pasa el mediodía y este grupo de gentes canta envuelto en un hechizo, que el apetito no logra romper.

Son canciones ni alegres ni tristes, enriquecidas por la mágica sustancia o totalmente desprovistas de ella; las que están empobrecidas se olvidan, pero las que son ricas llegan al corazón.

En la misma medida que la música seria, hacen comprender lo Divino. Únicamente que, en cuanto a la música seria, es necesario ser al menos un poco entendido, un aficionado; para amar la canción del pueblo, la auténtica, basta con amar el amor, con tener sentimientos y además, que exista la letra, y eso siempre ayuda...

Escuchad en el alma sorprendida, absolutamente gozosa de haberse liberado de un poco de sombra, el hechizo

de esas cuatro notas concordadas... Cuatro notas luminosas, que regalan el valor, la energía de la esperanza que la inteligencia da a los que no saben nada..., a aquellos que no son bastante alegres, bastante creyentes, bastante sinceros, bastante fuertes... para ser felices.

Pero la música se apaga..., el corro se dispersa... y el cantor, un poco más cansado, busca su almuerzo. Todo el mundo tiene hambre. En el corazón de todos el dulce misterio se mustia..., con pesar. La calle vuelve a ser el arroyo. La íntima iglesia se cierra, el órgano permanece silencioso, todo es más triste que antes. Sólo quedan los que el destino ha designado para la eterna misa del amor infinito. Constituyen nada más una pequeña capilla de la claridad en el espacio y en el tiempo.

Pero en la contemplación de las cimas espirituales que se alzan del otro lado de la vida, inciertas a las miradas demasiado precisas de los hombres, ¿no hemos perdido el camino cotidiano?

Sin embargo, los acontecimientos se funden con cada edad y son ellos, con su simple lenguaje, los que han de testimoniar sobre la fuerza y la belleza de que cada hombre dispone en el secreto de su Destino.

Los que se producen en los primeros

años de la vida del pequeño Felipe no aportan casi nada interesante.

Sin entusiasmo, en el liceo de Pest, donde su padre le ha hecho ingresar, aprende las reglas del latín, con poco éxito además, como demuestran los cuadernos de calificaciones de la época. La enseñanza, ya se sabe, era severa; Cicerón, difícil; la juventud, incomprendida.

Durante dos años, Felipe cruzó todos los domingos el bello puente sobre el Danubio para ir a comer a casa de sus padres, donde no le faltaban estímulos y consejos en cantidad. Los proyectos del tendero eran ambiciosos, ya que deseaba que Felipe fuese auditor en el ejército de Francisco de Austria. Indudablemente era empleo muy lucrativo, envidiable, ejercitado por jueces a caballo, que actuaban como árbitros en las contiendas que a cada instante se producían entre bandas campesinas y los descontentos y defraudados propietarios.

¡Pero hay mucha distancia entre el

deseo de un padre y el destino de su hijo!

Bien que mal, Felipe acabó sus primeros estudios y el 4 de noviembre de 1837 abandonaba Budapest para ir a conseguir en Viena su licenciatura en Derecho austríaco.

El viaje debía durar cuatro días. Un incidente, que sobrevino en los alrededores de Presburgo, retrasó la diligencia. Al llegar a Viena, se encuentra fatigado, desabrido.

La primera impresión que tuvo de la ciudad fue francamente mala: «Mi buen amigo —escribe a Markusovsky al día siguiente de su llegada—, ¡cómo echo de menos nuestra ciudad, nuestros jardines, nuestros paseos...! Nada me es agradable aquí...»

Nunca amará Viena. Las verdaderas razones de esta antipatía son todavía sordas, pero la vida se las formulará, más tarde, con precisión.

Mientras tanto y a partir de su primera estancia, se siente aquí extranjero, condenado a no gustar. Todos sus sentimientos permanecerán húngaros,

impenetrables. Durante mucho tiempo guardó esa fe absoluta en los suyos, hasta el día en que sus propios compatriotas se revolvieron contra él. Sin duda estaba escrito que sería desgraciado entre los hombres, sin duda para los seres de esta talla todo sentimiento simplemente humano se convierte en una debilidad. Los que deben crear cosas admirables parece que no puedan exigir de uno o dos afectos las fuerzas sentimentales con las que abrazan su formidable destino. Lazos místicos les atan a todo lo que existe, a todo lo que palpita, les preservan y, con frecuencia, les encadenan en un sagrado entusiasmo. Nunca llegan, como la mayoría de nosotros, a considerar que la mujer o el hijo amados son la parte más viva de nuestra razón de ser.

En fin, Semmelweis alimentaba su existencia en fuentes demasiado generosas, para ser bien comprendido por los demás hombres. Era de aquéllos, tan escasos, que pueden amar la vida en lo que tiene de más simple y de más bello: vivir. La amó irrazonadamente.

En la Historia de los tiempos la vida es sólo una embriaguez; la Verdad es la Muerte.

En cuanto a la medicina, en el Universo, es únicamente un sentimiento, una pena, una piedad más activa que las otras, por otra parte sin fuerzas casi en aquella época durante la que Semmelweis la abordaba. Fue hacia ella con toda naturalidad. El Derecho no le retuvo mucho tiempo.

Un día, sin advertir a su padre de tal decisión, siguió un curso en el hospital, después una autopsia en un sótano, en ese momento en que la ciencia interroga cuchillo en mano un cadáver... Seguidamente, con otros, haciendo corro alrededor de una cama, pudo oír a Skoda, el gran médico de la época, expresarse sobre el estado y el porvenir de un enfermo calenturiento. Skoda estuvo brillante; poseía erudición, mucha sutileza, describía la enfermedad como se describe el rostro de un antiguo conocido. Durante la noche sube la fiebre, el alma se escapa... Al día siguiente, una forma rígida, calor que ha huido,

una sábana tensa..., que se alza. Autopsia... Skoda sigue brillando por su erudición, por su sagacidad. Uno se habitúa, se pierde la muerte de vista, sólo se mira a Skoda, a él sólo se le escucha; a su vez, uno muere un día, sin rebelarse demasiado... La felicidad de los médicos tiene este precio.

Debemos ahora describir a Skoda, al menos su actividad médica, ya que su influjo representó un enorme papel en la vida de Semmelweis. Por otra parte, era hombre de primerísimo plano que gozaba de un gran renombre, merecido. Alumnos cada vez más numerosos seguían su enseñanza clínica; podía contar con la simpatía activa de todo el elemento joven de la medicina vienesa. Sus trabajos sobre la auscultación, continuación de la obra de Auenbrugger, estaban conducidos con mucha audacia y le proporcionaban ardientes contradictores. Su celebridad, por ello, tenía ese algo de cálido que falta frecuentemente en las severas carreras científicas.

Podemos suponer el entusiasmo que

arrastró a Semmelweis hacia la medicina, pero, de hecho, sabemos simplemente que se convirtió bastante de prisa en el alumno directo de Skoda y que la Facultad de Derecho registró su deserción, antes de que hubiese recibido en ella sus primeros diplomas.

De la actitud de su padre ante este cambio no sabemos nada.

Gracias a la enseñanza de Skoda, Semmelweis aprendió las posibilidades del espíritu clínico en la naturaleza y, si nunca llegó en este dominio a ser tan sutil como su maestro, sus creaciones fueron más sólidas; se aproximaría mucho más a la verdad.

Otro hombre, menos conocido que Skoda, menos ruidoso que él sobre todo, pero cuya obra tuvo un alcance mucho más grande, enriqueció el pensamiento de Semmelweis con un método científico indispensable; este maestro fue Rokitansky.

Ocupó la primera cátedra de anatomía patológica de la Facultad de Viena. Como es sabido, desde allí constituyó las bases de esa gran escuela de inves-

tigaciones histopatológicas de Europa Central, cuyos trabajos fueron tan numerosos y tan memorables. Semmelweis se cuenta entre los fervientes de los primeros tiempos; lo que allá aprendió parece haber sido recogido siempre en sus pensamientos más útiles y más apremiantes.

Podría preguntarse a consecuencia de qué y por cuál providencial armonía los desastres de la fiebre puerperal, herméticos y monstruosos hasta entonces, se eclipsaron ante las modestas disciplinas que había reunido Rokitansky en el espíritu de su alumno. ¡Las osadías del progreso son frágiles! Temblando, se imagina uno, en efecto, los peligros que debió esquivar, los momentos de incapacidad de los que, sin embargo, supo aprovecharse también en su marcha triunfal. Para el genio no hay recurso pequeño, sólo existen los posibles o los imposibles. En la superficie del microscopio ninguna verdad llegaba entonces muy lejos por la ruta de lo infinito; las energías del más

audaz y más preciso investigador se detenían en la Anatomía Patológica.

Más allá de algunas de estas cominerías, en el camino de la infección no había más que la muerte y palabras...

Esas enseñanzas fueron, por consiguiente, las armas esenciales que Semmelweis recibió de sus dos maestros. No fue todo lo que ellos le dieron. También, a lo largo de la vida, siguieron ansiosamente los trabajos y los pasos de su inolvidable discípulo. Con mucha tristeza le vieron subir los escalones de su calvario y no siempre le comprendieron.

Tratando de sostenerle, de aconsejarle, con frecuencia intentaron moderar sus arrebatos impetuosos, convencerle de la inutilidad de sus insolencias y de sus interminables polémicas con contradictores de mala fe. Durante los años de pruebas despiadadas, cuando la jauría de sus enemigos aullaba su odio contra un Semmelweis acosado, proscrito, sus dos maestros, que habían envejecido en las luchas personales y, con todo, fatigados de ellas, se

unieron aún para defenderle. Skoda sabía manejar a los hombres, Semmelweis deseaba despedazarlos. No se despedaza a nadie. Quiso derribar todas las puertas rebeldes; se hirió cruelmente. Hasta después de su muerte, no se abrieron.

La verdad nos obliga a señalar un gran defecto de Semmelweis: el de ser brutal en todo y, sobre todo, para sí mismo.

En Viena, tras un contacto de algunos meses, ya Skoda hubo de intervenir para que su discípulo no cayese en una grave depresión moral, resultante de su agotamiento.

Arrebatado, sensible hasta el exceso a las bromas sin importancia que le gastaban los otros estudiantes a costa de su muy pronunciado acento húngaro, se cree perseguido, se coloca al borde de la obsesión. Skoda le calma, observa y comprende; después, aprovechando la confidencia, le ordena un largo reposo. A esta prescripción se unen bien pronto las cartas de su alarmada madre. Todo lo cual decide, por

fin, a Semmelweis a tomarse unas vacaciones muy necesarias.

En la primavera de 1839 vuelve a Budapest, donde se le espera impacientemente. Gozos del regreso, recobrada dulzura del hogar, largos paseos por las animadas calles, estas distracciones modifican felizmente su humor, consolidan su salud, pero no satisfacen su espíritu. Se aburre.

Sin embargo, la nueva Escuela de Medicina de Budapest acaba de abrir sus puertas. Se inscribe en ella. Pero la enseñanza que allí se da no le gusta. Así lo dice; su opinión se extiende. Se producen historias. En 1841 vuelve con sus maestros de Viena. A su manera de ver no han cambiado, pero él es, por el contrario, quien se ha modificado profundamente. Se da cuenta de ello, cuando Rokitansky quiere hacerle emprender largas investigaciones sobre las vicisitudes del tejido hepático o cuando Skoda intenta consagrarle a esas minucias estetoscópicas que son una de sus especialidades. Se niega rotundamente. Y su sorpresa le resulta

tan penosa, que se aparta por un tiempo del anfiteatro de su clase y deja incluso durante varios meses de frecuentar los hospitales.

Lo que se hace en la Facultad le parece ahora un poco sutil, teórico, inútil para decirlo desde el punto de vista de los enfermos, en los que quiere pensar antes que en nada.

Mientras que dure esta crisis de vocación, preferirá las largas excursiones por los jardines botánicos, donde consulta a un tal Bozatov, experto en plantas, empedernido defensor de las virtudes de los simples[2]. La ciencia absolutamente empírica de este herborista le subyuga. Deslizándose por esta pendiente, leerá sobre el mismo tema interminables memorias. A tal música de curación, incluso vaga y propagandera, le encuentra un encanto total. Durante meses se entrega a esta pobre terapéutica; no tiene ya entusiasmo alguno por

[2] En el sentido de «sustancia que sirve por sí sola a la medicina, o que entra en la composición de un medicamento». *(Nota del T.)*

las certidumbres de Skoda, por las precisiones de Rokitansky. Y aún le encontramos empapado de semejantes sentimientos, cuando suena la hora de su tesis.

Que le sorprende.

El trabajo será breve; doce páginas apenas.

Pero doce páginas de densa poesía, de agrestes imágenes. Con arreglo al clasicismo de entonces, está redactada en latín, y del más fácil. Se titula: *La vida de las plantas.* Es un pretexto para celebrar las virtudes del rododendro, de la vellorita, de la peonía y de algunos otros vegetales.

De paso, el autor se complace en hacernos constatar fenómenos de gran importancia, pero totalmente obvios; entre otros que, si el calor del sol favorece la eclosión de las flores, el frío, por el contrario, les es enteramente perjudicial.

No existe nada más simple, pero para una muestra de patetismo he aquí ésta:

« ¡No hay espectáculo —escribe—

que regocije más el espíritu y el corazón de un hombre que el de las plantas! ¡El de estas espléndidas flores de variedades maravillosas, que exhalan olores tan suaves! ¡Que proporcionan al gusto los más deliciosos jugos! ¡Que alimentan nuestro cuerpo y le sanan de las enfermedades! El espíritu de las plantas inspira la cohorte de los poetas del divino Apolo, que se maravillaban ya de sus formas innumerables. La razón del hombre se niega a comprender estos fenómenos, que no puede aclarar, pero que la filosofía natural adopta y reverencia: en efecto, de todo lo existente emana la omnipotencia divina.»

No le faltan a la tesis otros pasajes de la misma melodiosa inspiración y de igual valor.

Su maestro Skoda, que presidía el tribunal de la Facultad, le preguntó, sin duda por no permanecer inactivo, si sería posible sustituir el mercurio por el jugo de ciertas flores en el tratamiento de las enfermedades, y le rogó que argumentase este delicado tema:

«Medicina y Sentimiento». Todo ello en mal latín, que quede claro.

Lo esencial para nosotros es saber que fue recibido doctor en medicina aquel día, que algunos autores sitúan en marzo, otros en mayo, en todo caso, en la primavera de 1844.

Skoda no era solamente, como sabemos, un notable clínico, sino que la sutilidad intuitiva y la sagacidad de que hizo prueba en sus trabajos científicos le sirvieron muchísimo también en la dirección de su brillante carrera.

Después de haber frecuentado a Semmelweis durante cinco años seguidos, nadie puede dudar que tuviese de su alumno una opinión muy lúcida. Ciertamente, presintió en este joven húngaro todas las fuerzas de invención, que en cuanto a sí mismo ya conocía bien, y el valor y la armonía. No afirmaremos

que concibiese algunos celos en ese momento, pero sí que tenía un cuidado meticuloso por su propia gloria y que se proponía mantenerse como el maestro indiscutible de la clínica interna en Viena.

Ahora bien, si su *Tratado de Auscultación*, que acababa de aparecer, contenía, por supuesto, incuestionables descubrimientos, poseía igualmente demasiada sutileza.

Sus rivales no se ocultaban mucho para hacérselo entender, lo que le obligaba a defender a diario sus opiniones científicas, en las que nada parecía todavía ni probado ni admitido.

El momento era difícil y Skoda sabía, por otra parte mejor que nadie, cómo los alumnos demasiado brillantes son, por regla general, los más terribles destructores de los Maestros. Sin duda con esta mentalidad previsora temió ver cómo abordaba Semmelweis, tan rápido, tan ardiente, las enseñanzas magistrales de la medicina interna, en las cuales él basaba su resplandeciente, pero frágil, supremacía.

Una vez que hubo olvidado *La Vida de las Plantas,* Semmelweis volvió con toda naturalidad a sí mismo.

Skoda le recibió con mucho gusto y supo mantenerle en la esperanza de un puesto en su propia clínica. Tal como suena, le reservó, a la espera de algo mejor, un pequeño destino subalterno en su cátedra.

Semmelweis se daba por satisfecho. Pero en septiembre de 1844, cuando se abrió el concurso oficial para proveer una plaza de asistente de Skoda y él se presentó, lleno de confianza, a las pruebas, surgió un concurrente: el doctor Löbl.

Semmelweis es eliminado.

Skoda, sin pérdida de tiempo, invoca, para justificar este fracaso, la fatal razón de la edad, que jugaba, en efecto, a favor de Löbl.

« ¡Cuestión de paciencia —dijo—; y, puesto que el próximo concurso no ha de tardar en convocarse, todo se arreglará entonces! » Es preciso admitir que la excusa era bastante válida, pero servía tan bien a sus propios proyectos

que no puede dejarse de encontrar en ella su carácter sutil.

Sin embargo, que de ninguna manera se juzgue severamente por ello su sinceridad respecto a Semmelweis. Por supuesto que seguía queriéndole, pero con arreglo a ciertas reglas de prudencia y de alejamiento, de las que de ningún modo deseaba apartarse. ¿Tuvo quizás razón? Puede amarse el calor del fuego, pero nadie quiere quemarse. Semmelweis era el fuego.

Por fin, le encontramos más o menos consolado, esperando a la sombra de Skoda que surja su oportunidad. Así hubiese permanecido aún algunos años sin duda, si Rokitansky, cuyos trabajos sobre la infección le conducían en aquel momento a un cotidiano contacto con la cirugía, no hubiera arrastrado a Semmelweis y su entusiasmo por curar a esta especialidad, donde todo era entonces ignorancia y desastres. Es necesario, desde luego, recordar que antes de Pasteur más de nueve operaciones de cada diez, por término medio, acababan en la muerte o en la

infección, que no era otra cosa que una muerte más lenta y mucho más cruel.

Se comprende que con tan mínimas oportunidades de éxito sólo se operase muy raramente. Un pequeño número de cirujanos, casi superfluo por otra parte, se disputaban las tres o cuatro situaciones oficiales que existían entonces en Viena.

En este medio, Semmelweis sufrió la primera repugnancia por aquella sinfonía verbal, en la que se envolvían la infección y todos sus matices. Que eran casi innumerables. El juego del ingenio consistía en explicar la muerte por el «pus muy trabado», el «pus de buena especie», el «pus laudable». En el fondo, fatalismo con grandes frases, resonancias de la impotencia.

Cada uno de estos cirujanos, demasiado feliz con haber llegado a los raros honores que se le concedían, se preocupa poco por la sinceridad. Aparte Rokitansky, en el grupo de estas gentes el futuro de los hombres presenta escasa esperanza.

El optimismo naturalista de Semmel-

weis, del que su tesis chorreaba, fue sometido a una ruda prueba.

No la olvidará jamás.

Y hacia el final de estos dos años dedicados a la cirugía es cuando escribió, con ese aguijón pendenciero que caracteriza ya su pluma impaciente: «Todo lo que aquí se hace me parece muy inútil; los fallecimientos se suceden de la forma más simple. Se continúa operando, sin embargo, sin tratar de saber verdaderamente por qué tal enfermo sucumbe antes que otro en casos idénticos.»

¡Recorriendo estas líneas, puede decirse que ya está hecho!

Que ha enterrado su panteísmo. ¡Que penetra en la rebeldía, que se encuentra en el camino de la luz! En adelante, ya nada le detendrá. No sabe todavía por dónde emprenderá una reforma grandiosa de esta cirugía maldita, pero él es el hombre para esta misión; así lo siente, y lo más asombroso es que casi resultaba cierto. Después de un brillante concurso, es nombrado profesor de cirugía el 26 de noviembre de 1845.

Pero, al no vislumbrarse ninguna vacante en las posibles cátedras, se impacienta; tanto más cuanto que la ayuda que recibía de su familia se debilita, sus padres le urgen a que acabe sus estudios y se establezca para asegurarse una clientela, temerosos de encontrarse pronto en la imposibilidad de subvenir a sus necesidades. Su padre había caído enfermo; la tienda de comestibles, sin duda por esto, había perdido en parte su prosperidad. Semmelweis confía sus estrechas zozobras a sus maestros, que de inmediato ponen en marcha toda su influencia con el ministro.

Los acontecimientos se precipitan.

Ya que la cirugía no ofrece ningún puesto disponible, se cambia a la especialidad en partos. Klin reclama un ayudante; le ofrecen a Semmelweis. Pero no tiene los diplomas exigidos. En dos meses supera todas las pruebas precisas.

Recibido doctor en obstetricia el 10 de enero de 1846, es nombrado profesor ayudante de Klin el 27 de febrero del mismo año. En adelante formará

parte de los cuadros del Hospicio General de Viena, en el que el profesor Klin dirigía una de las Maternidades. Desde un nivel intelectual, este Klin era un pobre hombre, repleto de suficiencia y estrictamente mediocre. Todos los autores insisten abundantemente en estas características. No sorprenderá por lo tanto a nadie, que se convirtiese en un hombre feroz en cuanto percibió las primeras revelaciones del genio de su ayudante. En pocos meses se planteó el problema. Apenas había tenido tiempo de enfrentarse con la verdad sobre la fiebre puerperal, que estaba ya bien decidido a ahogar la verdad por todos los medios, con todas las influencias de que disponía.

Por eso aparecerá siempre criminal y ridículo ante la posteridad, ya que con tal actitud consiguió la triste habilidad de agrupar todas las envidias y todas las imbecilidades contra Semmelweis y contra la aparición de su descubrimiento.

No sólo su necedad natural y su situación social le hacían peligroso, sino

que sobre todo resultaba temible por el favor de que gozaba en la Corte.

En el extraordinario drama que se representó en torno a la fiebre puerperal, Klin fue el gran auxiliar de la muerte. «Esa será su eterna vergüenza...», habría de exclamar más tarde Vernier, hablando de sus desastrosa influencia, de su obstrucción imbécil y rabiosa.

Todo esto es el aspecto grande y bello de la justicia. Sin embargo, ¿no existe otro, que no puede ignorar el historiador imparcial?

En efecto, por muy alto que vuestro genio os coloque, por muy puras que sean las verdades que se expresan, ¿hay derecho a ignorar la formidable potencia de las cosas absurdas? La conciencia en el caos del mundo es sólo una lucecita preciosa, pero frágil. No se enciende un volcán con una vela. No se juntan tierra y cielo a martillazos.

A Semmelweis, como a tantos otros precursores, debió de serle horriblemente penoso someterse a los caprichos de la necedad, sobre todo al hallarse en

posesión de un descubrimiento tan esplendoroso, tan útil a la felicidad humana, como el que sometía a prueba todos los días en la Maternidad de Klin.

Pero, en fin, no se puede cuando menos dejar de imaginar, releyendo los actos de esta tragedia en la que sucumbieron él y su obra, que, con una mayor preocupación por las formas, con algunos miramientos en sus relaciones, Klin, tan pueril en su orgullo, no habría encontrado el apoyo, demasiado real, de los agravios que esgrimió contra su ayudante.

Donde Semmelweis se estrelló, es casi indudable que la mayor parte de nosotros habríamos triunfado por simple prudencia, por delicadeza elemental. Es como si hubiese carecido (o lo hubiese descuidado) del más mínimo sentido de las leyes de la futilidad que regían en su época, en todos los tiempos por otra parte, sin las cuales la necedad es una fuerza indómita.

Humanamente, era un desmañado.

Dos pabellones de parto, contiguos, de idéntica construcción, se elevaban en este año de 1846 en medio de los jardines del Hospicio General de Viena. El profesor Klin dirigía uno de ellos; el otro, desde hacía casi cuatro años, se hallaba colocado bajo la dirección del profesor Bartch.

Por estos jardines cubiertos de nieve, sometidos a la helada de un viento implacable, debió de dirigirse Semmelweis a su nuevo servicio en la madrugada del 27 de febrero.

Esperaba encontrar en esta especialidad muchas más tristezas de las que hasta entonces había conocido en la cirugía, pero no podía ni imaginarse a qué alturas emocionales y con qué intensidad dramática discurría la vida cotidiana en las salas del profesor Klin.

Desde el día siguiente, Semmelweis fue asido, arrastrado, golpeado, por la macabra danza, que jamás habría de cesar alrededor de los dos terribles pabellones. Fue martes aquel día. Hubo de proceder al ingreso de las mujeres encintas, llegadas de los barrios populosos de la ciudad.

Evidentemente se resignaban al alumbramiento en un hospital de tan triste fama sólo aquellas cuyo estado era de absoluta miseria.

Por sus ansiosas confidencias, Semmelweis supo que, si los riesgos de fiebre puerperal eran considerables en los dominios de Bartch, en los de Klin, y durante ciertos períodos, los riesgos de muerte equivalían a una certidumbre.

Estos datos, que habían llegado a ser cosa conocida entre las mujeres de la

ciudad, constituyeron desde ese momento el punto de partida de Semmelweis hacia la verdad.

La admisión de mujeres «para la tarea» se efectuaba entonces por turnos de veinticuatro horas en cada pabellón. Aquel martes, cuando dieron las cuatro, el pabellón de Bartch cerró sus puertas y el de Klin abrió las suyas...

A los mismos pies de Semmelweis se desarrollaron escenas tan desgarradoras, tan auténticamente trágicas, que, leyéndolas, uno se sorprende de no tener, a pesar de tantas razones en contra, un absoluto entusiasmo por el progreso.

«A una mujer —contó más tarde, a propósito de esta primera jornada— hacia las cinco de la tarde, le sorprenden bruscamente los dolores, en la calle... Carece de domicilio..., se precipita hacia el hospital y comprende de inmediato que llega demasiado tarde...; aquí está, suplicante, implorando se la deje entrar en el pabellón de Bartch, pidiéndolo por esa vida que quiere conservar para sus otros hi-

jos...; se le niega el favor. ¡No es la única! »

A partir de este instante, la sala de admisión se convierte en una hoguera de ardiente desolación, en la que veinte familias sollozan, suplican..., arrastrando frecuentemente y por la fuerza a la mujer o a la madre que hasta allí habían conducido.

Casi siempre prefieren hacerla parir en la calle, donde los peligros son verdaderamente mucho menores.

Al pabellón de Klin, en definitiva, acuden únicamente aquellas que llegan a los últimos instantes sin dinero, sin ayuda, ni siquiera la de unos brazos que las arrojen fuera de este lugar maldito. Se trata en la mayoría de los casos de los seres más oprimidos, de los más rechazados por las intransigentes costumbres de la época: casi todas son solteras embarazadas.

Sobre el destino de Semmelweis, en el que las grandes desgracias parecen algo familiar, las penas caen algunas veces tan pesadamente que se esfuman en el absurdo.

En efecto, apenas acaba de establecer este primero y doloroso contacto con sus nuevas funciones, apenas se ha alejado lo suficiente para no oír los gemidos de esas mujeres cuya hora ha sonado..., le entregan dos cartas, una de las cuales le anuncia la muerte de su madre y la otra, la de su padre, fallecido algunos días después.

En el relato de esta existencia parecen agotarse todas las expresiones de la desgracia. La terminología a la que es preciso recurrir incesantemente para acompañar el curso de su obra parece escapar por entero de entre los pesados pliegues de las frases funerarias.

Pero los hechos fueron aún más sombríos, si es posible, que su descripción. Esta lúgubre fatalidad que impera alrededor de Klin le ha de envolver en adelante. Aplasta a los hombres, a las mujeres y las cosas que se agitan dentro de este círculo. Sólo él se opone al destino y no es aplastado, pero sufre en todo momento, más que cualquier otro, en Viena, en París, en Londres o en Milán. Todos ellos, tarde o tempra-

no, han doblado el cuello ante el paso de la plaga de la fiebre puerperal. Hipócritamente, en la indiferente sombra, han pactado con la Muerte. Y si los más sabios despiertan todavía de vez en cuando con sutiles conceptos, es porque han agotado los enanos recursos de sus cerebros enanos y, como no llegan nunca a nada, pronto vuelven a la grey oficial... ¡La fiebre de las parturientas! ¡Terrible divinidad! ¡Detestable; pero tan corriente!

Por fuerza, había de pertenecer al orden de las catástrofes cósmicas, inevitables...

Los píos y despreciables rutinarios la consideraban, sin confesárselo demasiado, como una especie de doloroso tributo, que frecuentemente tenían que pagar las mujeres del pueblo a su entrada en la maternidad.

Algunas veces otros, desligados de la costumbre profesional, se indignan, enloquecen, arman el barullo...

Entonces se nombraban Comisiones.

Siempre reunieron a sabios responsables.

¡Qué fácil juego es presentar estas sucesivas e interminables Comisiones de una manera ridicula! Tratemos más bien de valorar sus esfuerzos.

Fueron inútiles, como de costumbre, durante la recrudescencia de fiebre puerperal de 1842 entre las pacientes de Klin, cuando el 27 % de las embarazadas sucumbieron en agosto, el 20 % en octubre del mismo año, y cuando, incluso, se alcanzó una media de 33 muertes por cada 100 alumbramientos en el mes de diciembre.

Muchas otras Comisiones se habían desfondado ante este mismo y eterno problema. Entre las que llegaron a reunirse, una de las menos ineficaces fue quizá la convocada por Luis XVI durante la epidemia de fiebre puerperal de 1774, que diezmó el Hôtel-Dieu[3] de París. En esta ocasión, la leche resultó ser la acusada y el Colegio de Médicos de París logró se propusiese al rey, como remedio contra la epidemia, la

[3] Hôtel-Dieu: en Francia, Hospital General de una localidad. *(N. del T.)*

clausura de todas las Maternidades, así como el destierro de las nodrizas.

No es que estuviese muy bien, pero tampoco estaba muy mal.

De nuevo en Viena, en el mes de mayo de 1846, una Comisión del Imperio fue convocada urgentemente, al registrar esta vez las estadísticas un porcentaje de muertes del 96 % entre las pacientes de Klin. ¿Qué pensar de todos aquellos que constituían estas Comisiones? ¿Eran, por consiguiente, tan ignorantes personalmente, tan incapaces sobre todo, como los remedios que proponían? De ninguna manera. Pero carecían de genio y les hubiese hecho falta mucho para desenredar la madeja patológica, antes de que Pasteur hubiera auxiliado con su luz a los mediocres.

Por otra parte, el genio es necesario siempre en las grandes circunstancias de este mundo, cuando un torrente de potencias materiales y espirituales, oscuras, confundidas, arrastra a los hombres en muchedumbres rugientes, pero dóciles, hacia fines mortíferos. Muy po-

eos entre los mejor dotados saben entonces hacer otra cosa que distinguirse por una más rápida carrera hacia el abismo o por un grito más estridente que el de los demás. Rarísimo es el que, encontrándose en medio de esta obsesión del ambiente que se llama Fatalidad, tiene valor y halla en sí mismo la necesaria fuerza para afrontar el Destino común que le arrolla. En la sombra encontrará la llave de misterios antes temibles. Casi siempre el que la desea con bastante fe la descubre, porque existe siempre, y ante su audacia el torrente de las fatalidades se desvía hacia otros cauces de la ignorancia, hasta el día de un nuevo genio.

Semmelweis eligió esta tarea, a medida suya y de su tiempo. Más tarde, él mismo alcanzó, con sencillez, conciencia de su papel entre los hombres.

«El destino me ha elegido —escribe— como misionero de la verdad, en cuanto a las medidas que deben tomarse para evitar y combatir la plaga de la fiebre puerperal. Desde hace mucho tiempo he dejado de responder a los

ataques de los que soy objeto constantemente; el orden de las cosas ha de probar a mis rivales que yo tenía enteramente razón, sin que sea necesario que participe en polémicas que, en adelante, no pueden servir para nada al progreso de la verdad.»

Estamos habituados en otros dominios a declaraciones tan solemnes por parte de pensadores o de políticos, pero que no se fundamentan sobre ningún hecho preciso o rígido; sólo son, en suma, juegos literarios. Estas palabras, por el contrario, representan un hito definitivo en la biología contemporánea.

Pero volvamos a la época en que hemos abandonado a Semmelweis, es decir, hacia 1846. Aún está lejos de poseer esta magnífica seguridad. En este momento, por el contrario, alrededor de él todo es contradictorio, incoherente. Investiga en las relaciones de la Comisión Imperial. Ni uno solo de los remedios eventuales, que se indican en ellas y cuya aplicación práctica se intenta, da resultado. Ni siquiera, un resquicio de esperanza.

Se encuentra, por tanto, entregado a sus propios recursos.

Procede entonces por sucesivas eliminaciones del Pasado, raspando, uno tras otro, los errores y mentiras que recubren la verdad, arrojándolos lejos como hojas muertas que asfixiaban la flor que busca. Señalará así, con una primera piedra y de una vez para siempre, el punto de partida de su espíritu hacia el descubrimiento: *Mueren más pacientes de Klin que de Bartch.*

Todo el mundo lo había notado antes que él, nadie lo había asegurado tan formalmente. Para él resulta el único hecho claro en el curso de esta tragedia, donde todo es tenebroso. Siempre partirá de ello y también desde ello volverá siempre a sí mismo. Sin embargo, cien pistas se le proponen, para extraviarle. Se niega. Por fin, cuando, a fuerza de persuasión y con frecuencia, ¡ay!, de brutalidad, termina por someter a este punto de partida a los que quieren, o fingen querer, ayudarle, las soluciones afluyen. A su alrededor se establece una pugna de ingeniosida-

des, de orgullo en realidad. «Si mueren menos pacientes de Bartch —pretenden estos buenos espíritus, en su temor de quedarse atrás— es porque en su clínica el tacto se practica exclusivamente por las alumnas comadronas, mientras que en la clínica de Klin los estudiantes ejecutan esa maniobra en las mujeres encintas sin ninguna suavidad y les provocan con su brutalidad una inflamación fatal.» Sólidamente se creía entonces que la inflamación formaba parte de la etiología de la fiebre puerperal.

¡Albricias! ¡El mundo se había salvado!

Semmelweis cogió al instante la ocasión que sus émulos le ofrecían y pasó a las deducciones prácticas.

Las comadronas, cuyo período de aprendizaje se realizaba en la clínica de Bartch, se permutan con los estudiantes de las salas de Klin.

La muerte sigue a los estudiantes; las estadísticas de Bartch se hacen angustiosas y Bartch, enloquecido, devuel-

ve a los estudiantes a su lugar de origen.

Semmelweis sabe ahora (y también los otros, si quisiesen) que los estudiantes representan un papel de esencial importancia en este desastre. Esto es mucho. Basta para que un diluvio de consejos le caiga encima. Hasta Klin, que comienza a inquietarse por las revoluciones que su ayudante pretende provocar en su feudo maldito, Klin, cuya actividad obstétrica está envuelta por una trágica reputación en toda Austria, trata entonces de explicar que son los estudiantes extranjeros los que propagan la fiebre puerperal.

Siguiendo el deseo del médico-jefe, se ordenan algunas expulsiones y el número de estudiantes se reduce, con la separación de los extranjeros, de cuarenta y dos a veinte.

Tras esta medida, la tasa de mortalidad desciende durante algunas semanas...

Piénsese bien cómo una pequeña mejoría de esta clase puede resultar desconcertante para el que observa con

pasión la superficie de lo Desconocido. ¡Qué el espíritu del investigador se detenga en ello más de lo necesario, que se pierda en inútiles deducciones, y encontraremos el pobre carretón de la dubitativa y caótica investigación atascado durante largo tiempo, para siempre quizá!

No es este el caso de Semmelweis, que posee aliento, ¡a Dios gracias!

Salva estas menudencias. Quiere algo mejor, quiere ver absolutamente claro, lo quiere con demasiada violencia.

Su entusiasmo no está matizado. Por su falta de formas, es acusado de intolerancia y de irrespetuosidad ante Klin. Lo que, ¡ay!, es también verdad.

Algunos encuentran insoportable su orgullo; se diría que juega con «el huevo de Colón». En su ardor por la investigación, se ha atrincherado frente a la vida normal, la ignora, sólo existe apasionadamente y con tal fuerza, con tal cohesión, que retorna, sin soltar la presa jamás, al único hecho probado, perceptible, a que *se muere más en las salas de Klin, con los estudiantes, que*

en las de Bartch, con las comadronas. Sin cesar, va repitiendo a todos los que quieren, o no quieren, oírle: «Las causas cósmicas, telúricas, higrométricas, que se invocan a propósito de la fiebre puerperal carecen de valor, ya que mueren más en el pabellón de Klin que en el de Bartch, más en el hospital que en la ciudad, donde, sin embargo, las condiciones cósmicas, telúricas y todo lo que se quiera, son las mismas.»

Un día, en la lejanía, percibe un fulgor débil, pero cierto, que brilla en toda esta oscuridad. No se sorprende, lo reconoce. ¿No es también otra cualidad notable, y quizá la más preciosa, de los que triunfan de lo ignoto en la ciencia, saber reconocer el hecho cierto, indispensable, por muy breve que haya sido su aparición, entre todos los otros hechos paralelos, sin importancia inmediata o posible, porque esa especie de seres sobrepasan sus propias fuerzas en un momento determinado? Fue una revelación precisa.

«La causa que yo busco se encuentra en nuestra clínica y en ninguna otra

parte.» Así se lo dijo a Markusovsky la tarde del 14 de julio de 1846.

Sin embargo, hostiles sentimientos se han desencadenado contra él, sin que lo sospeche o porque los ha despreciado. Una maligna marejada rueda en torno a su nombre. Las palabras que se pronuncian para calificar su actitud no cubren ya completamente todo el odio que ahora suscita.

El odio desborda en el silencio.

Klin ni le habla, tanto se han agriado sus relaciones en el espacio de cinco meses. Con ocasión de una reunión de profesores, quizá para despistarle, le atribuye haber afirmado que la buscada causa de las epidemias de fiebre puerperal debe encontrarse en la antigüedad de los edificios. Semmelweis replica al instante, y por otra parte sin contemplaciones, que en la clínica de Boërs, la más antigua de Viena, mueren seguramente muchas menos mujeres que en la suya.

Era lógico esperar que Klin se endureciese definitivamente ante el golpe de esta nueva insolencia.

Desde entonces, sólo buscará la primera ocasión de conseguir la destitución de su ayudante. Semmelweis está advertido; tanto que, a contar de este momento hasta su partida, todas sus noches transcurren en la clínica, a la cabecera de las parturientas, junto a las moribundas sobre todo, presintiendo que sus días en el hospital estaban contados... Aunque la verdad se encontraba allí, al alcance de la mano, su unión con ella era todavía demasiado débil para sacarla del silencio, donde se hundía de cien maneras distintas...

Ve también que sus enemigos, día a día más numerosos, se burlan de sus esfuerzos y que le es preciso acabar de forma absoluta, a cualquier precio, rápidamente..., o bien volver a caer aún más bajo en el pasivo rebaño donde la vida no le es posible...

Los días, las noches, se suceden horribles, las noches, sobre todo...

A Markusovsky, que viene a verle, le confiesa «que no puede dormir ya, que el desesperante sonido de la campanilla, que precede al sacerdote portador

del viático, ha penetrado para siempre en la paz de su alma. Que todos los horrores, de los que diariamente es impotente testigo, le hacen la vida imposible. Que no puede permanecer en la situación actual, donde todo es oscuro, donde lo único categórico es el número de muertos».

Y todo el mundo oía esa campanilla. Se la acusará, a su vez (¿a qué cosa no se acusará?), de mantener en las parturientas un estado de ansiedad que las predispone a los ataques de la fiebre puerperal. Temporalmente se suprime la campanilla. El sacerdote da un rodeo para llegar a la cabecera de las moribundas.

Después de ésta, otra sutileza autoriza de nuevo algunas esperanzas. ¿No se ha notado, acaso, que las mujeres no casadas, las madres solteras, se encuentran más deprimidas que las demás al acercarse el alumbramiento? ¡He aquí una excelente explicación!, proclaman los psicólogos. Pasarán uno o dos meses todavía y, a su vez, el frío (el calor

después, después la dieta, después la luna) será el agente culpable.

Mientras que se sucedían estas ridiculas y poco sinceras tentativas, Semmelweis observaba que las mujeres que, cogidas por sorpresa, parían en la calle y sólo después llegaban a la sala de Klin, casi siempre se salvaban, incluso en las llamadas épocas de epidemia.

Sabiendo ya por experiencias anteriores que sobre los estudiantes se cernía una maldición especialmente, observó a éstos muy de cerca, cada vez más de cerca en todas sus idas y venidas, en todos sus gestos. Al mismo tiempo, recordó, y muy bien ya que durante largo tiempo había vivido como discípulo de Rokitansky en medio de las disecciones, esas picaduras anatómicas, frecuentemente mortales, que se hacen los propios estudiantes con instrumentos contaminados.

Sus ideas se agolpan.

Unos días después, pide a Rokitansky que el doctor Lautner le sea agregado, a fin de que pueda practicar junto

a él autopsias y cortes de tejidos cadavéricos, sin, por otra parte, haber establecido un plan para estas investigaciones histológicas. En suma, «experiencias para ver», como dirá más tarde Claude Bernard.

En este instante se encuentra tan cerca de la verdad que está a punto de abrazarla. Todavía está más cerca cuando se le ocurre obligar a lavarse las manos a todos los estudiantes, antes de que se acerquen a las embarazadas. Cabe preguntarse acerca del «por qué» de esta medida, puesto que no respondía a nada en el espíritu científico de la época. Era una pura creación. Y así, hizo instalar lavabos en las puertas de la clínica y dio orden a los estudiantes de limpiarse cuidadosamente las manos, antes de cualquier reconocimiento o maniobra en una parturienta.

Pero, indiferente al principio, hostil después, la rutina, a la que había olvidado demasiado, le esperaba para golpear su impulso. Al otro día, la rutina entró tras los pasos de Klin.

A su llegada a la clínica, Semmelweis

le habló de la medida de aseo que deseaba realizasen los estudiantes, pidiéndole que él también se sometiese personalmente a la misma. ¿En qué términos fue hecha la proposición...? Evidentemente, Klin exigió una explicación de este lavado previo, que le parecía, *a priori*, enteramente ridículo.

Sin duda, pensó incluso en una vejación...

Semmelweis, por otra parte, no podía darle una respuesta plausible o suministrarle una teoría conveniente, ya que él sólo tentaba el azar. Klin se negó de plano.

Semmelweis, nervioso por tantas vigilias agotadoras, se encolerizó, olvidando el respeto que debía, a pesar de todo, al peor de sus maestros.

La ocasión, por supuesto, era demasiado bonita para que Klin no la aprovechase. Al día siguiente, 20 de octubre de 1846, Semmelweis fue brutalmente destituido.

En los dos pabellones, la fiebre, amenazada por un momento, triunfa...; mata impunemente, como quiere, don-

de quiere, cuando quiere...; en Viena... 28 % en noviembre..., 40 % en enero..., la ronda se extiende alrededor de todo el mundo. La muerte dirige la danza..., rodeada de campanillas... En París, en la clínica de Dubois, 18 %..., 26 % en la clínica de Schuld en Berlín..., en la de Simpson, 22 %..., en Turín 32 de cada 100 parturientas mueren.

Por muy esperado que fuese, el incidente provocó gran emoción en los círculos médicos e, incluso, en la Corte, de donde llegaron órdenes de que se procediese a una información sobre las circunstancias de la destitución de Semmelweis. A causa de las funciones de su cargo de médico-jefe del hospital general, Skoda debió, aunque tratase de eludirlo, refrendar en una cierta medida la destitución de su discípulo. No es que abandonase a Semmelweis frente a sus enemigos, sino que conocía de-

masiado bien la influencia de Klin en la Corte para, con una actitud categórica, arriesgarse a perder para siempre a su protegido, al mismo tiempo que su propio crédito. Por otra parte, Skoda sabía tocar adecuadamente las innumerables cuerdas de muchos instrumentos. Recordó, entre otras, haber sido durante algún tiempo médico de cabecera de la familia imperial y, cuando Klin fue razonablemente apaciguado, Skoda puso en movimiento todos sus recursos en la Corte para que se devolviese a Semmelweis la plaza que había perdido.

El mundo de los cortesanos apenas tiene otra razón de ser que la protección de todas las intrigas, de todas las causas buenas o malas, que siempre encuentran fácil curso en este ambiente. Como fue el caso para Semmelweis, protegido por Skoda. Unicamente que ¿no es cierto que sólo a favor de los ausentes se conspira con éxito? Se alejó, pues, al impetuoso Felipe, mediante un viaje de alguna duración. A la hora de elegir lugar, resultó que Venecia es-

taba de moda. Musset había regresado, llorando sus aventuras, con los complacidos aplausos del Parnaso.

«El hombre es un aprendiz, el Dolor es su maestro», cantaba su dolorosa musa.

En la Europa romántica y cultivada de entonces, sollozar con los tonos de esta desmayada lira constituía una patente de alma sensible.

Cualquier artista hubiera dado su vida, y aun mucho más, por vivir las nebulosas noches del Lido, sobre una litera de sentimientos superfluos y deshojadas rosas...

Semmelweis, todavía vacilante por tan rudo golpe, fue fácilmente alistado entre esos sentimentales peregrinos. Recordaron a tiempo su gusto por la música, por las canciones, incluso por el suave Apolo de *La vida de las plantas*, al que tenía un poco olvidado.

Markusovsky, su amigo de siempre y médico en su mismo hospital, le acompaña a petición de Skoda. Y una mañana de primavera parten para el largo viaje.

¡En camino a la ciudad lacustre de las barcarolas y los suspiros! ¡Adiós, tristezas!

El viaje duró seis días.

Tuvieron que dar un rodeo por Trieste, ya que el camino de los Alpes estaba aún cerrado por la nieve... La provincia de Udine, dorada por completo... Se detienen un día en Treviso... ¡Venecia! Semmelweis olvida sus sufrimientos, sus disgustos.

Una naturaleza tan extraordinariamente buena, tan enteramente generosa, puede olvidarlo todo, salvo su propio corazón. En Venecia late al mismo ritmo desmesurado que en Viena, con un entusiasmo de otra especie. Se lanza a las bellezas de Venecia y se entrega a ellas con igual ardor que le había impulsado a golpearse contra las miserias del pabellón de Klin.

Apenas ha llegado y ya quiere verlo todo al instante, oírlo todo, conocer todo. Verdaderamente, se zambulle en Italia. Además, no sabe hacer nada sin pasión. Le queman sus veintinueve años. Su acompañante Markusovsky se

encuentra agotado por su enloquecido ajetreo. Se les ve en todas partes y en todas partes, en éxtasis: a pie, en góndola, en coche, por el día, por la noche. Nada le detiene; ni la lengua, de la que no habla ni una palabra, ni la importante y fastuosa historia de Venecia, de la que ignora absolutamente su barroca majestad. Por otra parte, quiere aprenderla y la aprende.

Uno, dos, diez libros van cayendo sucesivamente en sus manos y de inmediato son absorbidos por la curiosidad de este impetuoso diletante. Toma también notas en los museos, pero en seguida las pierde en cualquier parte, ya que su atolondramiento iguala a su impaciencia. Al fin, acaba por cansarse de permanecer inactivo en aquellas góndolas demasiado lentas para su gusto. Aprende a dirigir las embarcaciones por sí mismo y pronto puede conducir a Markusovsky y al gondolero por los más estrechos canales.

Nunca la Venecia de las cien maravillas conoció un enamorado más precipitado que él. Y, sin embargo, entre

todos los que amaron esta ciudad milagrosa, ¿existió alguno más espléndidamente agradecido?

Tras dos meses en este gran jardín enjoyado, dos meses de penetrante belleza, regresan a Viena. Apenas han transcurrido unas horas, cuando la noticia de la muerte de un amigo sorprende a Semmelweis. ¿No es anormal en la vida semejante crueldad del azar?

Kolletchka, el profesor de anatomía, acaba de sucumbir la víspera, a consecuencia de una herida que se había hecho durante una disección. Kolletchka había sentido desde siempre una simpatía muy viva y muy sincera por Semmelweis; su pérdida, al aislarle aún más, le resultó extrañamente dolorosa. Sin embargo, nada de lo que le sucedía, tanto alegrías como penas, resulta inútil para la elaboración de su profunda obra. Había aceptado por completo su vida y todas las fuerzas espirituales que tropezaba en los vericuetos de su destino, encontraban camino hacia su alma.

«Estaba todavía bajo la influencia de

las bellezas de Venecia, vibrando por entero de las emociones artísticas que había sentido durante los dos meses pasados entre esas incomparables maravillas, cuando me dieron la noticia de la muerte del desdichado Kolletchka. Este acontecimiento me sensibilizó extremadamente y, cuando conocí todos los detalles de la enfermedad que le había matado, la noción de identidad de este mal con la infección puerperal de la que morían las parturientas se impuso tan bruscamente en mi espíritu, con una claridad tan deslumbradora, que desde entonces dejé de buscar por otros sitios.»

« Flebitis..., linfangitis..., peritonitis..., pleuresía..., pericarditis..., meningitis..., ¡todo estaba allí! He aquí lo que desde siempre buscaba en la sombra: eso y nada más que eso.»

La Música, la Belleza, se encuentran en nosotros y en ninguna otra parte del mundo insensible que nos rodea.

Las grandes obras son aquellas que despiertan nuestro genio; los grandes hombres, aquellos que le dan forma.

En lo concerniente a sí mismo, carecía de toda ambición; no poseía tampoco ese afán por la verdad pura, que anima a los investigadores científicos. Puede decirse que nunca se habría lanzado por el camino de las investigaciones, de no haberle arrastrado una ardiente piedad por la angustia física y moral de sus enfermos.

«Era, en suma, un poeta de la bondad, más activo que otros.»

Cuando se confrontan estas palabras del doctor Bruck con la asombrosa agu-

deza de que hizo prueba Semmelweis en el transcurso de sus sucesivos descubrimientos, es lícito preguntarse si la tibieza y el egoísmo no son, en resumen, los más grandes obstáculos del genio para la mayor parte de los médicos de talento. Resulta penoso pensarlo, pero a lo largo de las peripecias de esta trágica y maravillosa aventura es imposible dejar de sentir cómo surge de nosotros tal hipótesis, referida sobre todo a esos momentos extremos de la investigación, muy cerca del descubrimiento, cuando la verdad se oculta bajo los «poco más o menos».

El «poco más o menos» es la forma agradable del fracaso, la tentadora consolación...

Para rebasarlo, la lucidez ordinaria no basta; necesita el investigador una potencia más ardiente, una lucidez penetrante, sentimental, como la de los celos. Las más brillantes cualidades del espíritu son impotentes, cuando nada más firme y más sabio las sostiene. El talento solo no podría pretender el descubrimiento de la verdadera hipótesis,

porque entra en la naturaleza del talento el ser más ingenioso que verídico.

Ya habíamos presentido, a través de otros caminos de la Medicina, que esas sublimes ascensiones hacia las grandes verdades precisas suelen proceder casi por completo de un entusiasmo mucho más poético que el rigor de los métodos experimentales, que, por lo general, son considerados como la única génesis.

El método experimental es sólo una técnica, infinitamente preciosa, pero deprimente. Exige del investigador una dosis extra de fervor, para en ningún caso desfallecer en el desolado camino que obliga a seguir, antes de haber alcanzado el fin propuesto.

El hombre es un ser sentimental. Fuera del sentimiento no existen grandes creaciones y el súbito entusiasmo se agota en la mayoría a medida que se alejan de su ideal.

Semmelweis era la resultante de un ideal de esperanza que el constante ambiente de tantas miserias atroces no ha podido nunca desalentar, que, muy por el contrario, todas las adversidades

le han llevado al triunfo. Vivió, él que era tan sensible, entre lamentos tan penetrantes, que hasta cualquier perro hubiera huido, aullando. Pero obligar al ideal a todas las promiscuidades es vivir en un mundo de descubrimientos, es ver en la noche, es, quizá, obligar al mundo a entrar en el ideal. Obsesionado por el sufrimiento humano, escribió en uno de esos días, tan raros, en los que pensaba en sí mismo: «Mi querido Markusovsky, mi buen amigo, mi suave apoyo, debo confesarle que mi vida fue infernal, que desde siempre la idea de la muerte de mis enfermos me resultó insoportable, sobre todo cuando esa muerte se desliza entre las dos grandes alegrías de la existencia, la de ser joven y la de dar la vida.»

¡Qué preciada es para el biógrafo esta confidencia! Pone a nuestro alcance la armonía íntima de un gran descubrimiento, que sin ella parecería truculento, centelleante, incomprensible.

Vuelto a Viena, cuando el velo se hubo rasgado, cuando la identidad de las causas de la muerte del anatomista Ko-

lletchka y de la fiebre puerperal no le ofreció duda alguna, avanzó, desde entonces bien pertrechado de hechos concretos, hacia lo que todavía permanecía desconocido.

Puesto que, pensó, Kolletchka ha muerto a consecuencia de una picadura anatómica durante una disección, son, pues, los exudados provenientes de los cadáveres a los que se debe acusar del fenómeno del contagio. En cuanto a los detalles de este contagio, inmediatamente se propuso averiguarlos.

«Los dedos de los estudiantes, contaminados durante disecciones recientes, son los que conducen las fatales partículas cadavéricas a los órganos genitales de las mujeres encintas y, sobre todo, al nivel del cuello uterino.»

Esta conclusión se atestiguaba por todas las observaciones clínicas, precedentemente realizadas.

Pero, para ir más lejos, tuvo que resolver de inmediato una gran dificultad técnica, importante por lo menos para la ciencia de la época. Se libró de ella

sutilmente y la muerte, por otra parte, jugó a su favor.

Esas ínfimas partículas cadavéricas, cuyo simple contacto suponía Semmelweis que bastaba totalmente para provocar la infección puerperal, eran imponderables, al ignorar la Histología aún cómo colorarlas con la suficiente diferencia para que resultasen visibles en el microscopio. Por tanto, eran reconocibles sólo por el olor.

«Desodorar las manos —decidió—, todo el problema radica en eso.» El recurso era débil. Sin embargo, salió lo bastante bien como para demostrarle que esta causa de contagio era insuficiente para explicarlo todo.

Pero, aun para poner en práctica la profilaxis que se le había ocurrido, le era necesario tener acceso a una de las Maternidades de la ciudad.

Ahora bien, la empresa que deseaba intentar se parecía demasiado a la que le había expulsado de la clínica de Klin para que se pudiese pensar, a pesar de la gran influencia de Skoda, en reinte-

grarle simplemente a su puesto anterior. Otra puerta se abrió.

Convencido gracias a la influencia de Skoda, Bartch, médico-jefe de la segunda Maternidad, acabó por recibir a su protegido a título de asistente supletorio, aunque en realidad no tuviese ninguna necesidad de personal en aquel momento.

Apenas Semmelweis hubo entrado en funciones, a petición suya los alumnos de Klin pasan a la clínica de Bartch, a cambio de las comadronas.

El hecho, tantas veces observado, se reproduce fielmente de inmediato.

En este mes de mayo de 1847 la mortalidad por fiebre puerperal asciende en la clínica de Bartch al 27 %, lo que representa un aumento del 18 % sobre el mes anterior. Así, pues, la experiencia decisiva está dispuesta. Prosiguiendo entonces con su idea técnica de desodorización, Semmelweis mandó preparar una solución de cloruro cálcico, con la que cada estudiante, que hubiese disecado el mismo día o la víspera, debía lavarse cuidadosamente las manos an-

tes de efectuar cualquier clase de reconocimiento en una mujer encinta. En el mes que siguió a la aplicación de esta medida la mortalidad desciende al 12 %o.

Era un resultado muy redondo, pero no era aún el triunfo definitivo que buscaba Semmelweis. Hasta entonces se había preocupado únicamente de las partículas cadavéricas como causa de la infección puerperal. Dicha causa le pareció en adelante conforme, real, pero insuficiente.

Huía y temía el «poco más o menos», deseaba la verdad completa. Se diría que durante algunas semanas la muerte quiso competir en audacia con él, trampear. Pero fue él quien ganó.

Sin verlos, iba a tocar los microbios.

Faltaba aún poder destruirlos. Nunca se hizo mejor. Los hechos sucedieron así: En el mes de junio entró en el servicio de Bartch una mujer a la que, por síntomas mal interpretados, se había supuesto grávida; Semmelweis a su vez la examina y descubre en ella un cáncer del cuello uterino; después, sin

pensar en lavarse las manos, practica el tacto vaginal sucesivamente en cinco mujeres en período de dilatación.

Durante las semanas siguientes, esas cinco mujeres mueren de la típica infección puerperal.

El último velo cae. La luz se hace. «Las manos —escribe— por su simple contacto pueden ser infectantes.» Todos en adelante, hayan o no disecado en los días anteriores, deben someterse a una cuidadosa desinfección de las manos con la solución de cloruro cálcico.

El resultado, que no se hace esperar, es magnífico. En el mes siguiente la mortalidad por fiebre puerperal se hace casi nula, desciende por vez primera a la actual cifra de las mejores Maternidades del mundo: ¡0,23 %\ [4]

[4] Según la muy juiciosa observación del profesor Brindeau, estas cifras han de aplicarse a la época de Semmelweis y no a la nuestra, en la que la infección puerperal representa un mínimo de casos, independientemente de su gravedad.

Si las verdades geométricas les hubiesen resultado incómodas a los hombres, hace mucho tiempo que se las habría declarado falsas.

Stuart Mill

Por absoluta que parezca esta frase del filósofo inglés, se queda sin embargo, muy por debajo de la verdad; y esta historia es la prueba. Basados en la más elemental razón, ¿no parece lógico que la humanidad, conducida por sabios clarividentes, tenía que haberse desembarazado para siempre de todas las infecciones que la azotaban, al menos de la fiebre puerperal, a partir de este mes de junio de 1848? Sin duda.

Pero, decididamente, la Razón es sólo

una pequeña fuerza universal, ya que serán necesarios no menos de cuarenta años para que las mejores inteligencias admitan y apliquen por fin el descubrimiento de Semmelweis.

Obstetricia y Cirugía rehusaron, en un impulso casi unánime, con odio, el inmenso progreso que se les ofrecía.

Por extravagantes susceptibilidades persistían en permanecer en sus ciénagas de estupideces purulentas, junto al juego de los azares mortales.

Y, encima, no fue por Semmelweis por lo que triunfó este importante beneficio, tan urgente (preciado, por lo menos, si uno se fía del cuidado que parecen tener los hombres en no sufrir y en gozar agradablemente de la vida).

Incluso, puede suponerse que si Pasteur no hubiese destruido el culto por las «teorías suficientes», en materia de medicina, si no las hubiese combatido con realidades demasiado minuciosas para ser refutadas con simples mentiras, ningún progreso verdadero se ha-

bría alcanzado, tanto en cirugía como en obstetricia, a pesar del esfuerzo de algunos solitarios de enorme talento, como Michaelis y Tarnier.

En el corazón de los hombres sólo habita la guerra.

En el Hospital General de Viena, donde todas las pruebas eran tan fáciles de hacer, el descubrimiento de Semmelweis en absoluto tuvo la buena suerte que podría suponerse. Al contrario.

Por muy extraño que esto parezca, desde los primeros momentos Klin consiguió agrupar, incluso en la Facultad, un gran número de resueltos adversarios del nuevo método: a la mayoría de sus colegas, para decirlo de una vez. Cinco médicos solamente se colocan a la altura de Semmelweis: Rokitansky,

Hébra, Heller, Helm y Skoda. Inmediatamente, fueron aborrecidos. Pero la mayor decepción de las que conmovieron a este valeroso grupo la encontrarían en las diversas respuestas de los profesores extranjeros, a los que se había puesto empeño en informar individualmente. «No dudamos —escribe Heller— que hallaremos, lejos de las envidias y de las rencillas locales, una aprobación plena por parte de los que han de encontrar plenamente concluyentes las experiencias de Semmelweis.»

¡Ay! ¿Qué pensar de ese Tilanus, de Amsterdam, que ni se tomó la molestia de contestar a la carta de Semmelweis, igual que Schmitt, de Berlín?

¡Más triste todavía! Simpson, de Edimburgo, que durante su carrera dio pruebas de talento, no entendió sin embargo nada de la revolución obstétrica, que le comunicó Hébra. Se zafó con algunas palabras corteses, vacías de sentido. Presintiendo una hipócrita incomprensión, deseando a toda costa llegar al final, Heller despachó a Ingla-

terra a un joven médico vienés amigo suyo, Ruth. Recibió el encargo de dar en la Sociedad médica de Londres una conferencia exhaustiva acerca de los resultados obtenidos por Semmelweis en la Maternidad de Viena.

En efecto, acuden a escucharle, a aplaudirle incluso, pero nadie en ese auditorio de médicos, sin embargo, sale convencido. Ningún progreso corona este esfuerzo. La inercia triunfa en Inglaterra como en otras partes. Y la mayoría de los que hemos citado hasta ahora se contentaron con despreciar la verdad que se les presentaba; hay otros, mucho más apasionados de la estupidez, más activos.

Primero, Scanzoni, y en seguida, Seyfert, de Praga, tras cinco meses y medio de experiencias en sus clínicas respectivas, declararon públicamente que los resultados expuestos por Semmelweis ni por asomo concuerdan con lo observado por sí mismos. Esta maldita comunicación produce evidentemente alegría entre los partidarios de Klin, que, gracias a ella, pretenderán que son

erróneas las estadísticas publicadas en 1846 por Semmelweis, cuando no que son falaces. Desencadenadas, todas las envidias, todas las vanidades, circulan libremente. El personal del hospital, y los estudiantes después, declaran encontrarse cansados de esos «lavatorios malsanos» con cloruro cálcico a los que juzgan inútil someterse en el futuro. Mientras tanto, Kivich, de Rottenburg, el tocólogo más célebre de Alemania, llega a Viena, deseando, según declara, darse cuenta por sí mismo de esos famosos resultados. Hasta vuelve por dos veces más.

Tampoco él ve nada. Llega a escribirlo incluso, a ufanarse de ello...

«Cuando se haga la Historia de los errores humanos —declaró más tarde Hébra— se encontrarán difícilmente ejemplos de esta clase y provocará asombro que hombres tan competentes, tan especializados, pudiesen, en su propia ciencia, ser tan ciegos, tan estúpidos.»

Pero estos grandes burócratas no sólo fueron ciegos, desgraciadamente.

Fueron bullangueros y mentirosos a la vez y, además, sobre todo, necios y malvados.

Malvados para Semmelweis, cuya salud se derrumba frente a estas increíbles experiencias. De ahora en adelante ya no le será posible aparecer por el hospital sin ser cubierto de injurias, «tanto por parte de los enfermos como por los estudiantes y los enfermeros». Nunca la conciencia humana se cubrió de vergüenza tan rotunda y descendió más bajo que durante estos meses del odio contra Semmelweis, en 1849.

Por supuesto que semejante estado de cosas en una ciudad universitaria no podía durar; en ese momento el escándalo, desmesurado desde sus orígenes, alcanzó tal amplitud que el ministro se vio obligado a destituir por segunda vez a Semmelweis el 20 de marzo de 1849.

A partir del día siguiente, prosiguiendo su causa en otro escenario, Skoda comunica a la Academia de Ciencias una nota expresiva de los resultados, en todo concluyentes y absolutamente fa-

vorables a la teoría de Semmelweis, que acababa dele obtener por «infección de fiebre puerpeperal experimental en un cierto numeroi de animales».

Y Hébra, aquella misma tarde, en la Sociedad médica de Viena, declara «que el descubrimiento de Semmelweis presenta tal interés para el porvenir de la cirugía y de la obstetricia, que solicita el inmediato nombramiento de una Comisión para examinar, con toda imparcialidad, los resultados que aquél ha obtenido».

Esta vez las pasiones no conocen límite; se insultan, incluso llegan a zurrarse en el recinto de esta severa sociedad.

El ministro prohibe entonces que la Comisión se reúna, al mismo tiempo que ordena a Semmelweis que abandone Viena lo más pronto posible.

Todo esto fue dicho o escrito.

Expulsado, huyendo de Austria, encontrará su ciudad en plena efervescencia electoral. En cada barrio los grupos políticos se organizan, vociferan, luchan; los ecos de las descargas del f*auhourg Saint-Antoine* llegan al Danubio. A las amenazas sucede la violencia.

La Revolución marcha sobre Budapest.

Metternich ha envejecido; una nación se renueva, un hombre, no.

La joven Hungría le sorprende. El ré-

gimen que la oprime desde hace veinte años se ha apolillado.

Terrible coraza ayer, que hoy es sólo una vieja sábana roída por un ejército de funcionarios pobretones. Su absolutismo hace reír, arbitrio anticuado, demasiado pesado y a la vez demasiado ligero. Tapadera estúpida sobre una olla en ebullición.

Todo salta el 2 de diciembre de 1848.

Semmelweis no trata de aislarse. Igual que todo el mundo, se encuentra poseído por el acontecimiento. Sus amigos le arrastran, los patriotas solicitan su entusiasmo, aquello, con mucho, de lo que es más rico y más generoso. Les sigue; muy pronto les dirige. De la fiebre puerperal, de Skoda, de Klin, nadie tiene tiempo para oír hablar; tampoco él. Todo el esfuerzo está en la calle, en las reuniones, en el odio contra Austria. Las barricadas se levantan en Buda. Se matan unos a otros, pero mucho menos que entre los franceses; en esta tierra la anarquía es demasiado fácil. Prefieren cantar las victorias políticas rápidamente conseguidas.

Las victorias que cuestan demasiado caras resultan tristes y a nadie gustan. Solamente con esta condición, la libertad es divertida. Se divierten.

«No al vasallaje», «Libertad de prensa», «Derecho de reunión», esto es lo que se pide. Viena concede todo lo que se quiera y mucho más...

Viena tiene miedo. Budapest se encuentra en pleno alborozo, con una alegría sincera, danzarina. En todas partes se baila. Todas las reuniones políticas, antiaustríacas, liberales, acaban en bailoteo. Semmelweis toma parte en ellos, revelándose fogoso, brillante, de cuerpo y de ánimo. «Ein flotter Tánzer» [5], dirá más tarde el doctor Bruck.

Y, encima, ¡detesta tanto a los austríacos que es un placer oír cómo los maldice!

Semejante labia le proporciona muchos éxitos mundanos, que le alejan aún más de la medicina, hasta tal punto que su descubrimiento no parece

[5] «Un magnífico bailarín», en alemán en el original. *(N. del T.)*

preocuparle; apenas trabaja. En pocos meses dilapida la pequeña herencia que ha recibido de sus padres —dos mil coronas—, cosa poco difícil.

En esta sociedad que está obligado a frecuentar, compuesta sobre todo de políticos y de artistas, se desconoce su verdadero valor. Más bien se le considera como un médico extravagante y cultivado, de una originalidad un poco peligrosa, pero muy divertida.

La vida social y los bailes le llevan a las mujeres. Con ellas pierde el poco tiempo que le quedaba.

En fin, le tientan los deportes; a los treinta años, toma su primera lección de equitación y muy pronto podrá vérsele a caballo todas las mañanas, en la mejor compañía de la ciudad. Esto no es todo; en pleno invierno aprende a nadar; a la hora de su baño le hacen corrillo. Desde los tiempos de Venecia, nunca se había divertido tanto.

Por supuesto, su robusta salud le permitía toda clase de excesos; lo que no sucedía en cuanto a sus recursos económicos. Muy pronto, tuvo que pensar

en ganarse la vida. No obstante, las relaciones que había sabido conquistar durante esta ventolera política le ayudaron enormemente, es preciso reconocerlo, a hacerse con una clientela.

A este respecto lo estaba consiguiendo muy bien y, casi sin esfuerzo, había conquistado ya un cierto renombre, cuando un incidente mínimo, pero grotesco, le causó un mayúsculo perjuicio.

Un día, por recomendación de un amigo suyo, le avisan para que visite a la condesa Gradinish, perteneciente a una de las más grandes familias de Hungría.

El caso no era sencillo, la enferma era ilustre; combinación peligrosa, por tanto, para la reputación de un médico.

Varios de sus colegas, consultados antes, habían emitido diagnósticos contradictorios.

Es comprensible que la familia se encontrase muy alarmada. El diagnóstico que se forma Semmelweis, tras un primer examen de la enferma, resulta de lo más pesimista. Según él, se trata de un cáncer del cuello uterino; lo afir-

ma así, con demasiada brillantez, de una forma solemne.

La familia, que se ha reunido para escucharle, se retira aterrada. El conde, acompañando a Semmelweis hasta la puerta, solicita por última vez su opinión y ésta no le deja esperanza alguna.

Aguardaban lo peor, cuando, a hora avanzada de la noche, la puerta de la calle es violentamente aporreada. Abren, surge un hombre en la entrada, atropella al criado, sube la escalera a saltos e irrumpe en el dormitorio donde están acostados el conde y la condesa. Es Semmelweis.

Sin más preámbulo mete las manos bajo la sábana y repite el reconocimiento que ya había practicado por la mañana y que, desde entonces, ha juzgado insuficiente. Al momento, se alza triunfante: «La felicito, señora condesa —exclama—, porque me había equivocado; no se trata de un cáncer, sino de una simple metritis.»

Esta extravagancia, rápidamente propalada en sociedad, le quita la mayoría de sus mejores clientes.

Aunque hay que admitir que de todas maneras los habría perdido, ya que en los meses siguientes se declara la guerra. Casi de inmediato, Buda es tomada y saqueada por un ejército de croatas. El hambre se instala en la ciudad. A los austríacos les es fácil hacer retroceder a los hambrientos croatas y pronto, además, se alian a los rusos para aplastar a Hungría. Es ésta la que paga en definitiva los platos rotos en este caos, que comienza poco después de la dimisión de Metternich y acaba con la batalla de Világos. Tras esta gran derrota, la anarquía cristalizó en un orden nuevo, en forma de una dictadura militar, ávida y meticulosa. Bajo ella, por su culpa, Hungría queda dividida, enteramente esquilmada. Para los individuos significa la miseria; para la inteligencia, la noche que se extiende desde 1848 a 1867.

Una noche casi absoluta, ya que la mayor parte de los intelectuales son desterrados, los médicos sobre todo.

Balassa, rector de la Universidad de Budapest, fue encarcelado y casi todos

los profesores hubieron de exiliarse. Hasta las revistas científicas fueron prohibidas. El doctor Bujatz, director de la *Gaceta Médica*, tuvo que huir a Suiza. Una única sociedad de médicos estaba autorizada en Hungría; se reunía en Pest una vez al mes, bajo la efectiva vigilancia de un comisario de policía.

Jamás existió tiranía tan clara, tan odiosa. Llegaron a añorar a Metternich.

«No podemos ya vernos, nadie está al corriente de los esfuerzos comunes, no existe emulación, vivimos en las tinieblas», se lamenta el profesor Kotanyi en el curso de estos años terribles. Aun en tal miseria, moral y física, es necesario, sin embargo, seguir viviendo y vivir se convierte en el penoso problema de cada instante para los médicos de la época. Nadie les paga, para decirlo de una vez. ¿Con qué podrían pagarles? Los impuestos extraordinarios suceden a los impuestos ordinarios, sin contar con las multas. Con el escaso sobrante, ¿acaso no es preciso comer,

aunque sea sólo una vez al día? *Ergo*...

La alegría de los húngaros había durado poco, igual que la disipación de Semmelweis, igual que la felicidad que experimentaba viviendo una existencia activa, una existencia egoísta tan potente en él como en los demás, pero de la que un destino más alto y más trágico parece haberle alejado siempre.

En 1849 el ejercicio de la medicina le permite vivir apenas. Ocupa una habitación de la «Landergasse», una estrecha calleja. Para subsistir, se ha visto obligado a vender la mayor parte de su mobiliario. Las cosas no podían ir más medianamente, cuando, por añadidura, fue víctima de dos accidentes sucesivos que, en esta ocasión, le aplanaron.

Con unos días de intervalo, primero se rompe el brazo, después, la pierna izquierda en una de esas tortuosas escaleras, imposibles, que abundan en su barrio.

Las dos fracturas le inmovilizan en la cama, incapacitándole para defenderse del hambre y del frío. A no haber

sido por la abnegación de algunos amigos, que se sacrificaron para asegurarle la subsistencia, sin duda habría muerto de miseria, como tantos otros intelectuales, a lo largo de este invierno de 1849.

Bajo las ráfagas del dolor, en el aislamiento y la violencia, el fuego del que es guardián permanece oculto por la ceniza y casi llega a apagarse.

De su pasado no le llega ninguna voz.

Es un pasado excesivamente rico en entusiasmo para su corazón agotado. Sus fuerzas ya no están a la altura de esa ardiente llama. Tiene hambre.

Tanto tiempo como duró esta angustia, su vida transcurrió somnolenta, débiles sus sueños, y esto, en él que precisaba soñar para vivir, es casi la nada. Ninguna cosa le interesa, no escribe más. En Viena sus maestros se inquietan por su suerte. ¿Será posible hacerle volver? El odio de Klin y de los otros le excluye más que nunca de las Facultades austríacas. Un día, corren por Viena acerca de él los más alarmantes rumores. Markusovsky, tras

numerosas gestiones y gracias a protecciones poderosas, es autorizado a ir a Budapest, ciudad prohibida. Apenas llega, emprende la búsqueda de Semmelweis, a quien no había vuelto a ver desde hacía siete años.

Hasta entrada la noche, no consiguió encontrarle.

« ¡Por fin! He vuelto a hallar vivo a nuestro mejor amigo —escribe Markusovsky en una carta a Skoda—, pero ha envejecido tanto, que me habría sido difícil reconocerle, si su voz no me hubiese guiado mejor que mi vista en la penumbra de su habitación. Una enorme melancolía se ha grabado en sus rasgos y me temo que para siempre. Me ha hablado de usted y del profesor Rokitansky en términos muy afectuosos, me ha preguntado con todo detalle por la vida y la salud de ustedes. No me ha dicho nada de su penuria material, demasiado evidente, ¡ay! Provisto de su recomendación, he ido a ver al profesor Birley, director de la Maternidad de San Roque, quien me ha prometido firmemente que pensaría en Sem-

melweis para la primera plaza de asistente que quede vacante en su clínica. ¡Sería tan justo! Continúa sin hablar nada de sus trabajos de Viena.

«Pronto, siete años de silencio...

»E1 resto se lo contaré a usted de viva voz.»

Y Markusovsky regresó algunos días más tarde.

Semmelweis, en los meses que siguieron, no hizo nada nuevo, incluso ni siquiera fue a ver a Birley, que, sin embargo, le había invitado por medio de una amable carta.

Así, arrastrando los días, rehuyendo el esfuerzo, había dejado de esperarlo todo, cuando un acontecimiento fortuito le reinstaló en su destino.

—¿Es usted el doctor Semmelweis, antiguo ayudante del profesor Klin? —le preguntó cierta mañana un visitante.

—Traigo un mensaje para usted. Un mensaje penoso, pero favorable a la causa que usted ha defendido. Los hechos son éstos: el profesor Michaelis,

de Kiel, se ha suicidado recientemente en circunstancias muy particulares; yo era alumno suyo y conocía sus ideas, sobre todo esa idea obsesiva que le ha conducido al suicidio. No hace mucho asistió en el parto a una de sus primas, la cual sucumbía pocos días más tarde a consecuencia de una infección puerperal.

»Tan grande fue el dolor de Michaelis, tan espantosa su desesperación, que emprendió una investigación inmediata y muy profunda sobre su responsabilidad en esta desgracia. No tardó mucho en convencerse de que era por entero responsable, ya que en los días anteriores precisamente había cuidado a algunas mujeres atacadas de fiebre puerperal, sin adoptar después ninguna de las precauciones que usted ha indicado y que él conocía desde hace mucho tiempo.

»La obsesión que le agobiaba se hizo un día tan punzante, tan intolerable, que el profesor se lanzó bajo las ruedas de un tren...»

En el mismo instante, Semmelweis

salió de su letargo, como herido por el silbido de esa flecha que acababa de atravesar su silencio...

Rápidamente, visita a Birley para pedirle la reanudación de su actividad obstétrica.

Birley era un hombre honrado, favorable a Semmelweis, pero que no deseaba ver cómo resucitaban en su clínica las historias de la Maternidad de Viena. Le recibió, por tanto, bien, pero con condiciones.

«—Me ha sido usted recomendado —le dijo— por el profesor Skoda y ese patrocinio basta para asegurarle todo mi afecto. Sin embargo, no puedo, en el actual estado de nuestra Maternidad, ofrecerle empleo nada más que durante los dos meses de vacaciones, julio y agosto. En fin, le agradecería que no hablase a mis discípulos de esos lavados de manos con cloruro calcico, ya que nos provocaría los mayores perjuicios...

»He pensado mucho, por otra parte, en esas horrorosas mortandades que usted ha observado en otros tiempos

en la clínica de Klin y hasta yo mismo, creo, tengo que darle a usted la razón. Si Klin de una manera metódica hubiese purgado a sus parturientas...»

Excepcionalmente dócil, Semmelweis por una vez supo callarse; entró, pues, en su minúsculo servicio intermitente y allí comenzó la redacción de su obra maestra: *La etiología de la fiebre puerperal.*

La puesta al día de las observaciones que había efectuado en la Maternidad de Viena le llevó más de cuatro años. Escribía lenta, penosamente, en secreto, para no perder ninguna de sus modestas funciones, para no inquietar en nada al tímido Birley, por quien se sabía vigilado. Sin embargo, como desde el extranjero no le llegaba eco alguno de su descubrimiento, al cabo de seis años se dirigió por segunda vez a Seyfert, al gran Virchow, a muchos otros, que no le contestaron.

«De todos los tocólogos que conozco —escribía por entonces—, ese pobre Michaelis es decididamente el primero y el único del que puedo decir que tuvo demasiada conciencia profesional.» Esto es cierto y se convirtió en monstruoso cuando, tras haber enviado una memoria con el resumen de sus trabajos a la Academia de Medicina de París, ésta, constituida una comisión bajo la presidencia de Orfila, ni se dignó responder. Se ignora por qué los debates fueron secretos.

Durante ese tiempo, las condiciones materiales y morales de su país mejoraron un poco. Lo bastante para que por vez primera, en el año 1855, llegase a ganar una pequeña suma, suficiente para sus necesidades: 400 florines.

El tiempo pasa.

En 1856, Birley muere.

Semmelweis le sucede en la dirección de la Maternidad de San Roque.

Parece que en adelante habrá de ser libre para plantear iniciativas obstétricas.

Es preciso decir que se le suponía

adormecido para siempre en el temor o en el error. Buena sorpresa provocará cuando vuelvan a encontrarle todavía más agresivo que en Viena. No todas sus iniciativas fueron afortunadas, ¡las primeras, sobre todo! Por ejemplo: esa «Carta abierta a todos los profesores de obstetricia», con la cual se decide a romper un silencio de diez años.

«Me habría gustado mucho que mi descubrimiento fuese de orden físico, porque se explique la luz como se explique no por eso deja de alumbrar, en nada depende de los físicos. Mi descubrimiento, ¡ay!, depende de los tocólogos. Y con esto ya está todo dicho...

» ¡Asesinos! llamo yo a todos los que se oponen a las normas que he prescrito para evitar la fiebre puerperal.

»¡Contra ellos, me levanto como resuelto adversario, tal como debe uno alzarse contra los partidarios de un crimen! Para mí, no hay otra forma de tratarles que como asesinos. ¡Y todos los que tengan el corazón en su sitio pensarán como yo! No es necesario ce-

rrar las salas de maternidad para que cesen los desastres que deploramos, sino que conviene echar a los tocólogos, ya que son ellos los que se comportan como auténticas epidemias..., etcétera, etcétera.»

Por mucho que estas verdades resultasen demasiado urgentes, era, sin embargo, pueril proclamarlas en esa forma intolerable. El odio levantado por este panfleto no fue sino el eco amplificado de aquel otro odio, cuya violencia había experimentado Semmelweis diez años antes en Viena.

En esta ciudad oprimida, sumergida en un ambiente de consternación, en la que parece lógico que las mezquindades, sobre todo de tipo médico, debían haber quedado en silencio de una manera natural, no ocurrió así. Incluso en el hospital, del que Semmelweis había llegado a ser médico-jefe, se vieron tantas bajezas, tantas vilezas profesionales, que sus prescripciones respecto a la fiebre puerperal nunca fueron observadas, deliberadamente. Parece que incluso se infectó a parturientas, por la

horrorosa satisfacción de demostrar que estaba equivocado. Esto no es una simple afirmación, ya que puede señalarse cómo bajo la dirección del viejo Birley sólo fallecían de fiebre puerperal en la Maternidad de San Roque el 2 % de las parturientas, mientras que con Semmelweis las estadísticas vuelven a subir al 4 % en 1857, al 7 % en 1858, al 12 %, en fin, en el año 1859.

Hay horrores inimaginables; por ejemplo, esta carta de un consejero municipal de Buda al profesor Semmelweis, en la cual «el Ayuntamiento se niega a pagar la cuenta de los cien pares de sábanas, que ha encargado usted a beneficio del hospital». «Compra inútil —declara el consejero—, ya que muy bien pueden tener lugar varios partos, a continuación unos de otros, en las mismas sábanas.»

Una hostilidad absoluta, como antaño en Viena, se opone desde entonces a cualquier decisión suya. Sólo le queda un único amigo, tras la deserción de todas las simpatías con las que contaba. Este amigo —el doctor Arneth—,

por desgracia, carece de todo apoyo oficial, pero es joven, activo y generoso.

Le entusiasma la causa de Semmelweis y, para defenderla y hacerla triunfar, pretende llegar a París.

Desde allí, supone él, toda idea de reconocido valor se extiende fácilmente por el mundo.

A través de sus ilusiones, ve a Francia como la República tanto de la inteligencia como de las leyes.

¿Acaso dos revoluciones no lo han demostrado así?

Juntos, sueñan con experimentos oficiales, que recibirán la definitiva sanción de los grandes maestros de la ciencia francesa.

Con gran sacrificio, se llega a reunir el dinero necesario para este intrépido viaje. La obtención del pasaporte fue todavía más difícil. Por fin, llevando consigo el manuscrito de *La etiología*, Arneth debió de partir el 13 de marzo de 1858 [6].

Si se pudiese escribir la misteriosa

[6] El 18 de marzo, según algunos autores.

historia de los auténticos acontecimientos humanos, ¡qué sensible instante, qué instante arriesgado el que representa ese viaje!

Pero también es cierto que la pervivencia de los hombres, su dolor, cuentan poco, en resumidas cuentas, al lado de las pasiones y los absurdos y furiosos delirios que hacen danzar la Historia sobre los pentagramas del Tiempo.

Ninguna señal revela a quienes le ven pasar camino de París que este viajero pobre, solitario, hijo de una nación de segunda categoría, guarda en su equipaje un puñado de escritos más precioso que todos los libros secretos de todas las Indias, que es portador de una admirable verdad, cuya simple lectura podría salvar cada año a millones de seres humanos, ahorrarles infinitos sufrimientos.

Para sus compañeros de diligencia, se trata de un viajero pobre y nada más; si hablase de lo que sabe, aburriría a todo el mundo; si insistiese demasiado, le asesinarían quizá. La bondad es sólo una minúscula corriente místi-

ca entre otras y su manifestación difícilmente se tolera.

Por el contrario, contemplad ahora la guerra en su apogeo; nada es suficientemente rico, ruidoso, inmodesto, para ella.

La gloria del general es de las que se comprenden de inmediato; es ostentosa, es enorme, cuesta cara.

Se diga lo que se diga o se haga lo que se haga, un gran benefactor parecerá siempre un poco banal, con una belleza un tanto desgastada, semejante a la del agua o a la del sol. La inteligencia colectiva requiere un esfuerzo sobrehumano.

En París, donde Arneth permaneció varias semanas, la Academia consagraba precisamente, entre el 23 de febrero y el 6 de julio de 1858, algunas sesiones al estudio de los problemas de la fiebre puerperal.

Arneth no dejó de asistir. Sintió frustradas sus esperanzas, cuando comprendió hasta qué punto en estas esferas se quería ignorar la verdad, y sobre todo, al escuchar al más célebre tocó-

logo de su época, Dubois, resumir la opinión de la docta asamblea a lo largo de una lamentable comunicación. «Esta teoría de Semmelweis, que, como probablemente se recordará, provocó tan violentas polémicas en los medios obstétricos, tanto de Austria como de otros países, parece haber sido absolutamente abandonada hoy en día, incluso por la escuela que la profesó en otros tiempos.

»Quizá contenía algunos buenos principios, pero su aplicación minuciosa presentaba tales dificultades que hubiera sido necesario, en París por ejemplo, poner en cuarentena al personal de los hospitales durante gran parte del año y eso, por otra parte, para un resultado de todo punto problemático.»

¿Qué hacer ante semejante contradictor? Arneth no podía pensar en afrontarle. Trató de obtener con insistencia que se emprendieran en los hospitales parisienses algunas experiencias semejantes a las que había efectuado anteriormente en Viena Semmelweis, pero hubo de renunciar al cabo de poco

tiempo, al no encontrar mas que hostilidad en unos, timidez en otros y en todos una ciega sumisión al veredicto de Dubois, maestro, indiscutible y reinante, de la obstetricia en Francia.

A su regreso a Budapest, descorazonado, Arneth no supo convencer a Semmelweis de lo que había visto y oído y, sobre todo, de la futilidad de cualquier esfuerzo inmediato.

Arneth era razonable, Semmelweis en modo alguno.

Estimar, prever, esperar sobre todo, parecían imposibles tiranías para su espíritu desbaratado.

Indudablemente había franqueado ya los juiciosos límites de nuestro sentido común, esa gran tradición de nuestro raciocinio de la que todos somos cuidadosos hijos, lindamente soldados por la costumbre a la cadena de la Razón que une, se quiera o no, al más genial con el más ignorante desde el primero al último día de nuestra común existencia. Como un eslabón roto de esta pesada cadena, Semmelweis se había desprendido..., lanzado a la incohe-

rencia. Había perdido la lucidez, esa potencia de las potencias, esa concentración de todo nuestro futuro sobre un punto preciso del Universo. Fuera de ella, ¿cómo elegir en la vida que pasa la forma del mundo que nos conviene? ¿Cómo no perderse? Si entre los animales el hombre se ha ennoblecido, ¿no es porque ha sabido descubrir en el Universo una mayor variedad de aspectos?

En la naturaleza él es el cortesano más ingenioso y su inestable felicidad, fluida, orientada de la vida hacia la muerte, es su insaciable recompensa.

¡Qué arriesgada es esta sensibilidad! ¡A qué trabajo incesante no le condena conservar el equilibrio de esta frágil maravilla!

Apenas en el más profundo sueño su espíritu conoce el reposo. La pereza absoluta, que es animal, nos está prohibida por nuestra humana estructura. Forzados del Pensamiento, eso es lo que somos, todos. Abrir los ojos simplemente, ¿no es llevar de inmediato el mundo en equilibrio sobre la cabeza? Be-

ber, hablar, divertirse, soñar quizá, ¿no es elegir acaso sin tregua entre todos los aspectos del mundo aquellos que son humanos, tradicionales, y, además, alejar incansablemente los otros, hasta la fatiga que al final de cada jornada no deja de sorprendernos?

¡Que caiga la ignominia sobre el que no sabe elegir el aspecto más conveniente a los destinos de nuestra especie! Es un necio, está loco.

En cuanto a la fantasía, a la originalidad que es lisonja de nuestro orgullo, sus límites, ¡ay!, son también precisos, están también lastrados por la disciplina. Tampoco se tolera otra fantasía que la que se asienta, una vez más, en la imaginaria roca granítica del sentido común. A mucha distancia de esta situación convencional, no existen ni razón ni inteligencias que puedan comprenderos. Semmelweis dilapidaba una inútil energía, transformando todas sus lecciones en largas e injuriosas parrafadas contra todos los profesores de obstetricia.

Acabó de hacerse intolerable e inefi-

caz, cuando fijaba por sí mismo en los muros de la ciudad manifiestos, uno de cuyos fragmentos decía: «Padre de familia, ¿sabes lo que significa llamar a la cabecera de la cama de tu mujer parturienta a un médico o a una comadrona? Representa que de forma voluntaria la haces correr riesgos mortales, tan fácilmente evitables con los métodos…, etc., etc.»

Indudablemente, a partir de este momento se le habría destituido de su cargo, si su progresivo agotamiento no se hubiese adelantado a esta inútil sanción. En efecto, pronto las palabras que pronunciaba fueron incoherentes y, con mucha frecuencia, carecían de sentido. Su cuerpo se inclinó con un nuevo modo de andar, a trompicones; ante los ojos de la gente, pareció avanzar tambaleante por un terreno desconocido…

Le sorprendieron dispuesto a horadar las paredes de su habitación en busca, según él, de grandes secretos allí enterrados por un sacerdote conocido suyo. En el espacio de algunos meses

sus rasgos se surcaron profundamente de melancolía y su mirada, perdiendo el apoyo de los objetos, pareció perderse más allá de las personas.

Rápidamente se convirtió en el fantoche de sus propias facultades, tan potentes en otro tiempo, y en la actualidad desencadenadas en el absurdo.

Fue sucesivamente poseído por la risa, por la venganza, por la bondad, del todo, sin orden lógico, cada uno de sus sentimientos influyéndole por su cuenta, como tratando sólo de agotar las fuerzas del pobre hombre aún más por completo que el frenesí anterior. Una personalidad se descuartiza tan cruelmente como un cuerpo, cuando la locura gira la rueda de su suplicio.

No creed a esos poetas que van lamentándose contra los rigores y las sujeciones del pensamiento o que maldicen las materiales cadenas en las que se enreda ¡su admirable vuelo hacia el cielo de los puros espíritus!, como ellos le llaman. ¡Benditos inconscientes! ¡Petulantes ingratos en realidad, que sólo conciben un lindo rinconcito

de esa libertad absoluta, que dicen desear! ¡Si sospechasen, los muy temerarios, que el infierno comienza a las puertas de esa masiva Razón, de la que se quejan, y contra las que, a veces, en insensata revuelta, llegan incluso a romper sus liras! ¡Si supiesen! Con qué desenfrenada gratitud dejarían de cantar para siempre la dulce impotencia de nuestros espíritus, esta feliz prisión de los sentidos que nos protege de una inteligencia infinita y de la que nuestra más sutil lucidez es sólo una diminuta aproximación. Semmelweis se había evadido del cálido refugio de la Razón, en el que en todo tiempo se ha atrincherado la potencia enorme y frágil de nuestra especie contra el universo hostil. Erraba con los locos, en el absoluto, por esas glaciales soledades en las que nuestras pasiones no despiertan ecos, en las que nuestro aterrorizado corazón de hombres, latiendo hasta romperse en el camino de la Nada, es sólo un animalito estúpido y desorientado.

Avanzando por este dédalo movedi-

zo, despiadado, de la demencia, se le aparecieron un Michaelis sangrante, cargado de reproches; un Skoda desmedido, grosero; un Klin furioso, acusador, empalidecido por todos los odios de un mundo infernal, y Seyfert y también Scanzoni...

Cosas, gentes, más cosas, corrientes cargadas de terrores indecibles, formas imprecisas, le arrebataban, confundidas con recuerdos de su pasado, paralelos, entrecruzados, amenazantes, desvaídos...

También, en torno suyo lo real, lo banal, se intercalaban con lo absurdo por un maleficio de su espíritu sin límites. Las mesas, la lámpara, sus tres sillas, la ventana, los más neutros objetos, los más usuales en su vida cotidiana, se envolvían en un halo misterioso, en una luz hostil. Ninguna seguridad en lo sucesivo dentro de esta fluidez grotesca, en la que se licuaban los contornos, los efectos y las causas. A esta habitación, desplazada por un enloquecimiento utópico y ucrónico, retornaron los visitantes fantásticos.

Cada uno de ellos proseguía la polémica de otros tiempos; argumentaba abundantemente, con lógica a veces y, con frecuencia, hasta después de que hubieran partido. Pero, casi siempre, estas alucinaciones terminaban en violencias. Demasiadas sombras burlonas y mentirosas rodeaban su lecho, demasiadas para que viese a todas, cara a cara. ¿No las oía acaso conspirar a sus espaldas, enemigas trapaceras?

Y su frenesí se asfixiaba cuando huían; muchas veces se lanzaba tras ellas por la escalera, incluso por la calle, persiguiéndolas.

Esta fase de miseria moral duró hasta abril de 1865. En este momento las alucinaciones que le aterrorizaban cesaron de golpe. Se trataba solamente de una engañosa mejoría de su estado, apenas un respiro, durante el que, sin embargo, se relajó la vigilancia de que era objeto. Incluso le dejaron pasear por la ciudad. Se perdía por las cálidas calles, casi siempre sin sombrero. Todo el mundo conocía su desgracia y todo el mundo se apartaba para dejarle

paso libre… Durante esta calma momentánea, la Facultad decidió nombrarle un sustituto. Sus colegas, en delegación y, por otra parte, con muchos miramientos, le hicieron aceptar esta medida universitaria. Por lo demás, quedó claro que conservaría el título de profesor «en disponibilidad». Pareció admitir sin pesadumbre esta solución, pero aquella misma tarde fue poseído por una crisis demencial de una intensidad sin precedente.

Aredeor de las dos, le vieron precipitarse a lo largo de las calles, perseguido por la jauría de sus imaginarios enemigos. Dando alaridos, descompuesto, así llegó a los anfiteatros de la Facultad. Había allí un cadáver, encima de una mesa de mármol, en medio del aula, para unas prácticas. Semmelweis, apoderándose de un escalpelo, atraviesa el círculo de alumnos; derribando varias sillas, llega a la mesa de mármol, hace una incisión en la piel del cadáver y saja los tejidos pútridos antes de que puedan impedírselo, al azar de sus impulsos, desgarrando los músculos en

jirones que arroja a lo lejos. Y sin dejar de emitir exclamaciones y frases inacabadas...

Los estudiantes le han reconocido, pero es tan amenazadora su actitud que nadie se atreve a interrumpirle... El lo ignora todo... Vuelve a coger su escalpelo *y* horada, con los dedos al tiempo que con la hoja, una cavidad en la carne del cadáver, rezumante de humores. Con un gesto más brusco, se corta profundamente.

Sangra la herida. Semmelweis grita. Amenaza. Le desarman. Le rodean. Pero es demasiado tarde...

Como poco tiempo antes Kolletchka, acaba de infectarse mortalmente.

Avisado Skoda de esta desgracia suprema, se puso al instante en camino para Budapest. Pero apenas había llegado, regresaba ya conduciendo a Semmelweis con él. ¡Qué de sufrimientos durante el transcurso de este largo viaje en diligencia! ¡Qué prueba para este viejo y para el pobre Semmelweis, herido, delirante, quizá peligroso! ¿A qué esperanzas se asían aún, para correr el riesgo de una aventura tan desesperada? ¿Concibió quizá Skoda, por un instante, el proyecto de una intervención

quirúrgica... ? En todo caso, no se paró a pensarlo, porque, al llegar a Viena en la mañana del 22 de junio de 1865, Semmelweis fue directamente conducido al asilo de alienados.

Su habitación, que todavía hoy puede visitarse, se encuentra situada en el extremo de un largo pasillo, en el ala izquierda de los edificios. Allí murió, el 16 de agosto de 1865, a los cuarenta y siete años de edad, tras una agonía de tres semanas. Su viejo maestro escaló a su lado estos últimos peldaños, los más desolados de la vida. A Skoda le era familiar esta triste casa, en la que había sido médico antes, cuando le separaron del Hospital General por sanción disciplinaria.

Esto había sucedido al principio de su carrera, en 1826, en los tiempos en que Klin (¡ay, siempre el mismo!), del que también había sido ayudante, hizo que se le relegase en este asilo de alienados, bajo el pretexto de que «fatigaba a los enfermos con percusiones demasiado frecuentes».

En el curso de estas tres semanas,

sin duda evocó la extraña armonía de las turbadoras coincidencias. ¿Quizá, también su memoria guardaba de ello un secreto excesivamente doloroso para su corazón? Al igual que la felicidad, la venganza jamás es completa y, sin embargo, pesa siempre tanto que sobrecoge...

Veinte veces la noche descendió a esta habitación, antes que la muerte arrebatase a aquel de quien ella había recibido la afrenta rotunda, inolvidable. Era apenas un hombre lo que iba a coger, una forma delirante, corrompida, cuyos contornos se oscurecían en una progresiva purulencia. Por otra parte, ¿qué victoria puede aguardar la muerte en el más desgraciado lugar del mundo? ¿Hay alguien que le dispute esas larvas humanas, esos forasteros socarrones, esas torvas sonrisas que ruedan a lo largo de la nada, sobre los senderos del Asilo?

¡Prisión de los instintos, Asilo de locos, que arrebate quien quiera a estos desquiciados aullantes, quejumbrosos, apresurados!

El hombre acaba donde comienza el loco, el animal está más alto y la última de las serpientes que se arrastran puede ser su ascendiente.

Semmelweis se encontraba aún más bajo que todo eso, impotente entre los locos y más podrido que un muerto.

Los progresos de la infección fueron bastante lentos, bastante minuciosos para que, en el camino del reposo, ninguna batalla le fuese perdonada.

Linfangitis... Peritonitis... Pleuresía... Cuando llegó el turno de la meningitis, entró en una especie de parloteo incesante, en una interminable reminiscencia, a lo largo de la cual su destrozada cabeza pareció vaciarse en largas frases muertas.

No se trataba ahora de aquella infernal reconstitución de su vida al nivel del delirio de la que en Budapest había sido el actor tiranizado, durante las primeras etapas de su locura. En la fiebre se habían consumido todas sus energías trágicas. Unicamente pertenecía a los vivos gracias al impulso formidable de su pasado.

En la mañana del 16 de agosto la Muerte le agarró por el cuello. Se asfixió.

Los hedores de la putrefacción invadieron el cuarto. Verdaderamente, era ya tiempo de que partiese. Pero se aferró a nuestro mundo tanto como es posible con un cerebro quimérico en un cuerpo desgarrado. Parecía desvanecido, extraviado en la sombra, cuando, muy cerca del fin, una rebelión última le devolvió la luz y el dolor. De repente, se enderezó sobre la cama. Tuvieron que volverle a tender. «No, no...», gritó varias veces. Es como si en el fondo de este hombre no hubiese existido indulgencia alguna para la suerte común, para la Muerte, y ninguna otra posibilidad en él que una inmensa fe en la vida. Aún le oyeron llamar: « ¡Skoda...!, ¡Skoda...! », a quien no había reconocido. Entró en la paz a las siete de la tarde.

Esta es la tristísima historia de F. I. Semmelweis, nacido en Budapest en 1818 y muerto en Viena en 1865.

Tuvo un grandísimo corazón y un gran genio para la medicina. Permanece, sin duda alguna, como el precursor clínico de la antisepsia, ya que los métodos preconizados por él para evitar la fiebre puerperal aún son, y siempre lo serán, oportunos. Su obra es eterna. Sin embargo, en su época fue completamente despreciada.

Hemos tratado de resaltar unas cuan-

tas razones que puedan explicarnos un poco la extraordinaria hostilidad que sufrió. Pero todo no se explica con hechos, con ideas, con palabras. Existe, además, todo lo que se ignora y todo lo que jamás se sabrá.

Pasteur, con una luz más potente, aclararía, cincuenta años después, la verdad microbiana de manera irrefutable y total.

En cuanto a Semmelweis, parece como que su descubrimiento sobrepasó las fuerzas de su genio. Esta fue, quizá, la causa profunda de todas sus desgracias.

índice